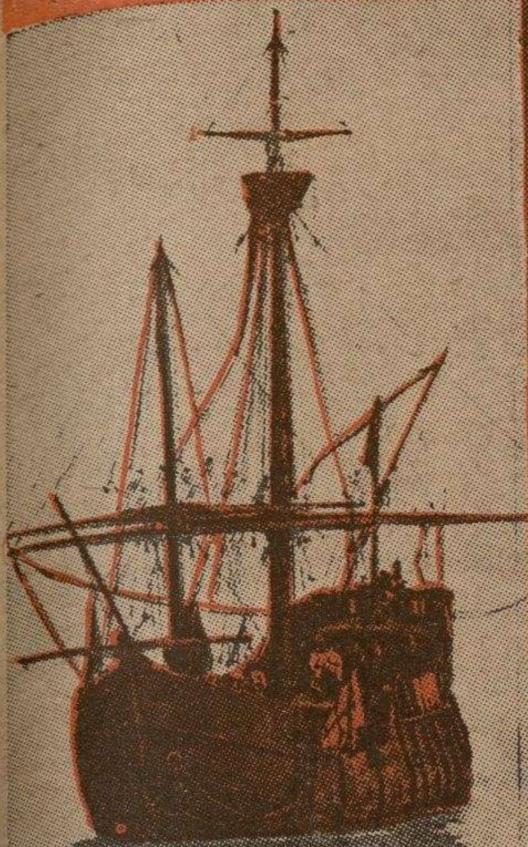


DIARIO DE LA MARINA

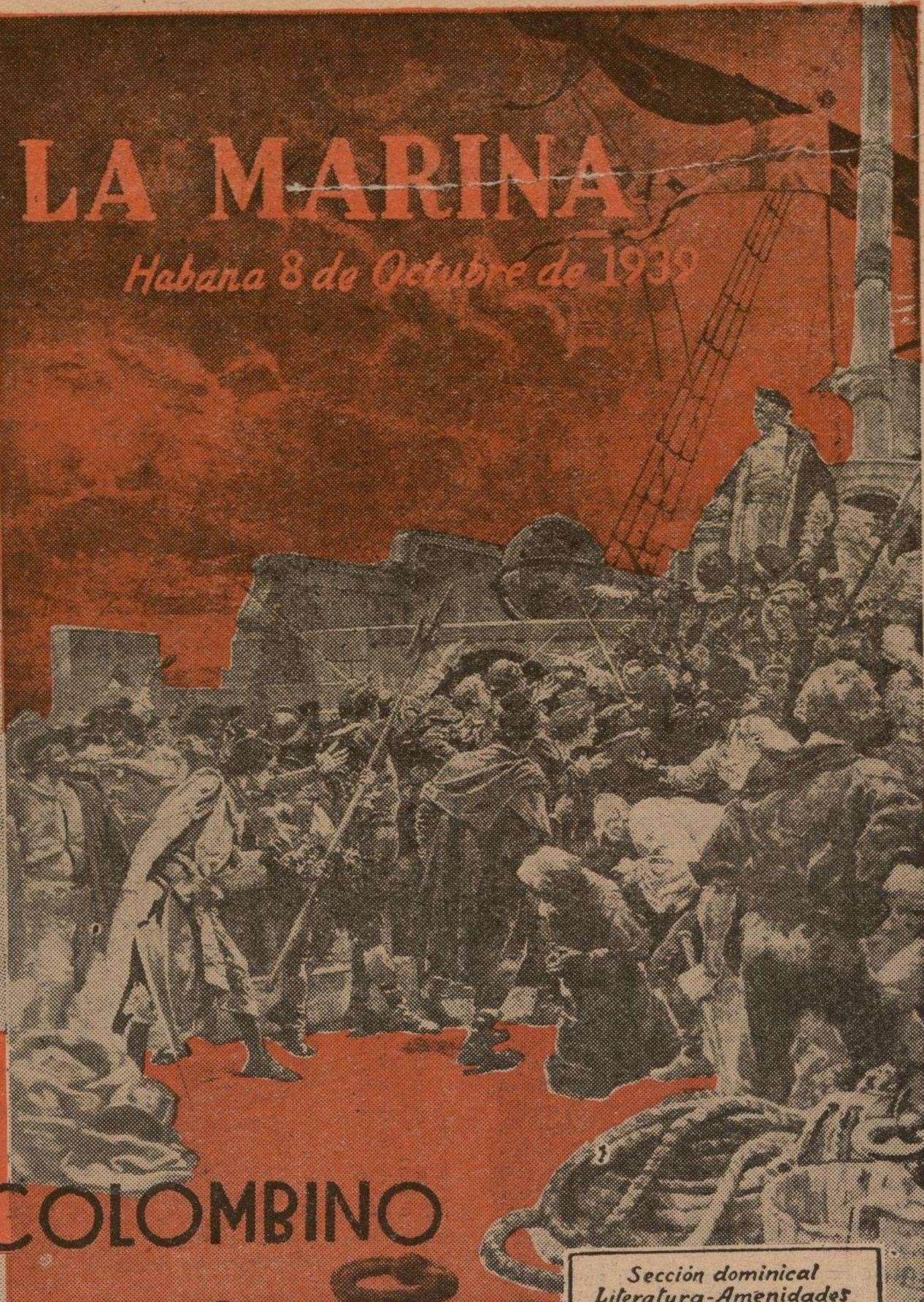
Decano de la Prensa de Cuba

DIARIO DE LA MARINA

Habana 8 de Octubre de 1939



La santa Maria.



El DESTINO COLOMBINO

DE America

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
América.

por Luis Soruco



EL DESTINO COLOMBINO de AMERICA

por Luis Soruco

SENOR: porque se que hauries plazer de la grande victoria que nuestro Señor me ha dado en mi viaje, vs escribo esta por la cual sabreys como en treinta y tres dias pasé a las Indias (con la armada que los ilustrissimos Rey e Reyna nuestros señores me dieron) donde yo fallé muy muchas islas pobladas con gente sinnumero; y dellas todas he tomado posesion por sus Altezas con pregón y bandera real estendida y non me fué contradicho»...

CONTRA EL «AISLAMIENTO» AMERICANO

Así comenzaba el primer párrafo de la primera carta que el Almirante dirigiera a su amigo y protector Luis de Santangel, Escribano de Ración de los Reyes Católicos dándole cuenta del acontecimiento más memorable que registra la historia. Esta carta fué escrita y fechada «en la caravela sobre las islas de Canaria» el 15 de febrero de 1493.

Es una larga y atormentada historia la que ha recorrido la humanidad desde ese día «lleno de gracia» del 12 de octubre de 1492 hasta este otro 12 de octubre de 1939. Si todo este largo tiempo se valoriza en periodos de civilización se entra a una larga y hasta casi incontable suma de hechos que hace que el mundo de 1939 no sea ni remotamente el mismo de 1492. Sin Cristóbal Colón la perspectiva fotográfica que ofrece el mundo de hoy tal vez no habría sido la actual.

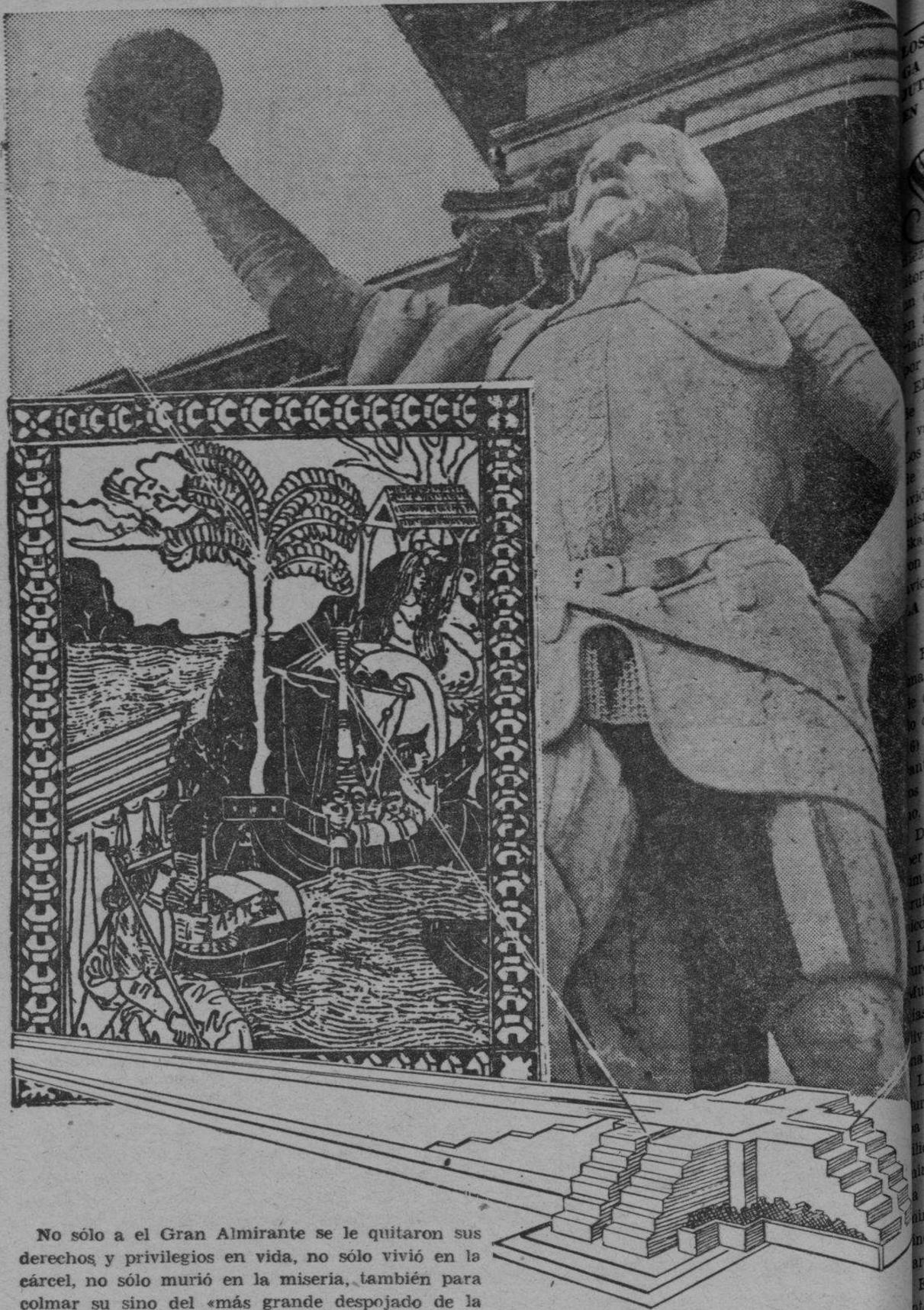
El trazado que dejara en la ruta del Atlántico sus tres carabelas en esos treinta y tres días de su genial e inolvidable aventura, fué el mismo por donde se trasvasió una civilización entera sobre un continente extraño y aparte. Usando la terminología moderna, Colón fué el primero y más formidable enemigo del «aislamiento» americano. El descubrimiento en sí más que una fecha histórica es un aniversario biológico en el cuerpo mismo del planeta.

Alguien ha dicho que sin Colón el Imperio Colonial de España se habría fundado sobre el Continente Negro y «que españoles y moros aun estarían peleando en el Cabo de Buena Esperanza».

EL MAS GRANDE DESPOJADO DE LA HISTORIA

Muchas teorías se han sostenido sobre el real mérito de su hazaña y no hay ningún personaje de su tamaño que haya sido más injustamente comprendido y peormente juzgado. Destino alto y triste el suyo, pues ningún ser humano como él ha expiado en vida y después de muerto la grandeza de ser grande. Hasta los mismos historiadores a quienes él les diera el más rico tema para sus escritos, no lo han sabido comprender y como dice Samuel Eliot Morison «el investigador moderno que desee descubrir la verdad sobre Colón debe urgar tal masa de hechos, argumentos y relaciones contradictorias que después de un largo y serio análisis llega a la desolante conclusión que nada de cierto se sabe alrededor de él».

No ha habido poeta, novelista, filósofo, ensayista de valía que no haya intentado la intuición de su personalidad y hasta hay quienes le han negado de haber sido el primero en descubrir el nuevo mundo. Algunos «dilettantes» han querido entregar la originalidad de su proeza a unos 22 pescadores noruegos que habrían hecho el primer viaje en 1326 partiendo de Vinland hacia el oeste.



No sólo a el Gran Almirante se le quitaron sus derechos y privilegios en vida, no sólo vivió en la cárcel, no sólo murió en la miseria, también para colmar su sino del «más grande despojado de la

A la derecha: una estatua de Colón en Washington sujeta a aguda crítica. Los comentadores rean dan en cada 12 de octubre que ese Colón, en posición tan forzada, parece tener en la mano una bola de «foot ball» y estar en trance de hacer un pase. El grabado en madera es reproducción del primer dibujo publicado en Europa queriendo dar una idea del «descubrimiento de América por Colón». Abajo, esquema del bello proyecto Gleave, premiado entre 455, y al cual se ceñirá el Faro de Colón que quedará erigido en 1942 en la Punta Torrecilla, de Santo Domingo (Rep. Dominicana).

historia», un cartógrafo de Nuremberg, quien fué el primero en dibujar el mapa de las tierras de este hemisferio, le negó su derecho de que éstas llevaran su nombre y prefirió llamarlas «América», como un homenaje a su informante y amigo Amerigo Vesputio.

LA PUNTA DE TORRECILLA DONDE COLÓN «OIA CANTAR EL RUISEÑOR»

En la Catedral de Ciudad Trujillo, la Catedral Primada de América, hállase un mausoleo de mármol de severas dimensiones. Allí dentro de una urna de cristal se encuentran las cenizas de Cristóbal Colón, a quien Octave Aubry llamara el «vagabundo de la historia».

¡Venid! ¡Venid a ver la gente del cielo! anota Colón en su carta a Santangel, la expresión que usaban los indios de la Española cuando divisaban al Almirante y sus compañeros. Tierra de maravillas, dice Colón de la Española, «donde las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas son tan fermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganado de todas suertes, para edificios de villas e lugares»...

En esas tierras a quien España durante la colonia llamó Santo Domingo y los dominicanos la Independencia República Dominicana, la Conferencia Panamericana reunida en Santiago de Chile en 1923, acordó edificar un monumento a la memoria del «Descubridor».

Desde uno de los ventanales del viejo Almirante donde habitara su hijo don Diego divisase una Punta de Torrecilla por donde el Almirante «cantar el ruiñeñor y otros pajaricos de mil maneras, en el mes de noviembre, donde hay palmas, seis o de ocho maneras, que es admiración por la diformidad fermosa del'as; mas así como otros arboles y frutos e hiervas»... Es allí en la Punta de Torrecilla donde desde 1923 se proyecta edificar un faro gigantesco como un homenaje a aquel que según el decir de uno de sus biógrafos «produjo el más vasto acontecimiento de la historia, el que más ha pesado sobre el destino del planeta».

ENTRE 455 ARQUITECTOS

El faro que se proyecta tiene ya un centenar de arquitectos y fueron los que confeccionó el joven

LOS COMBATES NAVALES CERCA DE NORUEGA RECUERDAN LA FAMOSA BATALLA DE JUTLANDIA.—EL EPISODIO NAVAL DEL SIGLO EN QUE LOS ALMIRANTES NO SUPIERON LO QUE HACIAN.

SEGUN cable de Oslo, Noruega, el 25 de septiembre las armadas de Inglaterra y Alemania comenzaron a dar señales de vida en el Mar del Norte. Durante diez horas, dice el mensaje, se sintieron en todo el Mar del Norte las sacudidas y repercusiones de un combate naval que, aparentemente, se libraba en aquella zona. Se vió un barco de guerra averiado que procedía en dirección al sur, protegido por una densa cortina de humo. El vigía del faro de Feie, al norte de la ciudad de Bergen, dice que por lo menos cinco buques de guerra tomaron parte en el encuentro. Los habitantes de la is'la Algroe, 16 millas al este de Bergen, divisaron al navío averiado, y a un mismo lugar, y 200 millas al norte del estrecho de Skagerrak, los pobladores de la isla de Fjeld vieron buques de guerra y oyeron los motores de los buques.

LA ACCION NAVAL ALEMANA EN LA GUERRA DE 1914

El día 27 el alto Mando Alemán informó que una escuadrilla de aviones atacó a una división de combate inglesa en el mar del Norte hundiendo otro portavión (el «Courageous» fué hundido el 27) y averiando una de las unidades. El Almirante Jellicoe confirmó la noticia, pero dijo que los buques atacados no habían sufrido daño alguno.

Después de todo, la misión de esa armada es romper el bloqueo. La armada inglesa, en cambio, debe limitarse a mantener el encierro alemán y a destruir las unidades del Reich que salgan del Báltico y del canal de Kiel.

La última vez que la armada alemana se aventuró a salir en plan de lucha fué en la Guerra Mundial de 1914. El 31 de mayo de 1916 los vísceras de los cruceros ingleses «Galatea» y «Faeton» divisaron al norte del banco de Jutlandia, en el Mar del Norte, una columna de humo.

Los barcos ingleses se acercaron para atacar y durante las doce horas siguientes la suerte de Euro-Asia fué decidida en aquel remoto teatro de las hostilidades. Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo inglés entonces, dijo, refiriéndose a la batalla, que el jefe de la armada británica, el almirante Jellicoe, «fué el único hombre del continente que pudo haber perdido la guerra en una tarde».

El día anterior, 30 de mayo, los ingleses habían interceptado un inalámbrico alemán que les hizo sospechar que la armada del Kaiser iba a atacar las costas. Se decidió permitir que efectuaran el ataque y luego acorralar y destruir a las unidades enemigas. El Almirante Sir John R. Jellicoe se hizo a la mar con su gran armada de 151 buques en tres formaciones separadas: desde Scapa Flow, Heligoland y Rosyth, rumbo a un punto común.

LO QUE NO ESPERABA EL ALMIRANTE SCHEER

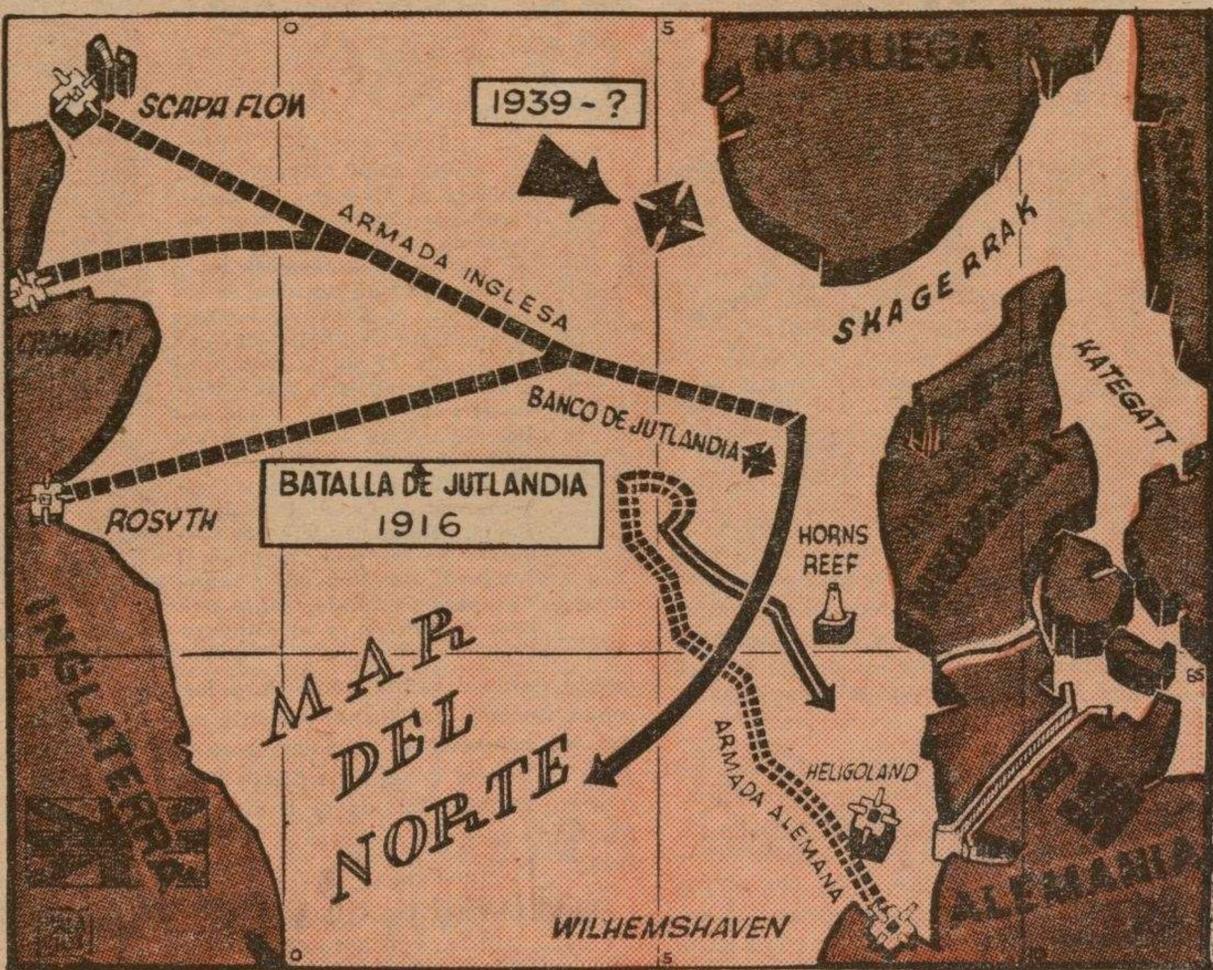
El plan alemán lo venían madurando desde ene-

ro el almirante Richard von Scheer y el jefe de operaciones navales de la armada alemana. Intentaban ellos, no enfrentarse a la poderosa armada inglesa, sino atacarla por secciones, hasta reducirla a efectivos menos ventajosos.

El 31 de mayo, a las 4 de la madrugada, partió de Jade el Contraalmirante Franz von Hipper para hacerse observar por los ingleses en el Skagerrak y unirse a la armada principal del Almirante Scheer al medio día del primero de junio. Hipper contaba con cinco cruceros de batalla, 11 cruceros ligeros, 9 flotillas, 14 submarinos y 10 aviones. El almirante Scheer se dirigía al Skagerrak con tres escuadrones de 16 acorazados.

No imaginaron los estrategas alemanes lo que les aguardaba. El Almirante Jellicoe destacó una vanguardia, bajo el mando del contraalmirante Beatty, que consistía de seis cruceros de batalla y 31 des-

¿Serán los AVIONES o los BUQUES los que DOMINEN el MAR?



Los rumores de combates navales entre Alemania e Inglaterra en el Mar del Norte recuerdan la batalla de Jutlandia, el 1 de junio de 1916 entre la Gran Armada del Almirante Jellicoe y la flota alemana del Almirante Scheer. Ambas fuerzas, al retirarse, se cruzaron en forma de «V», según indica el dibujo, con minutos de diferencia, sin que Jellicoe se enterara de que los alemanes se le escapaban navegando y librando combates parciales en su retaguardia.

troysers, protegidos a la distancia por la quinta división de combate formada por cuatro acorazados bajo el mando del contraalmirante Evan-Thomas. Pero eso era sólo una muestra de lo que seguiría: Jellicoe con 24 acorazados, 3 cruceros de batalla, 4 cruceros blindados, 25 cruceros ligeros, 47 destroyers y 1 portaviones.

El encuentro era desigual: 151 buques ingleses con 1.700 cañones contra 99 buques alemanes y 900 cañones. El crucero Elbing y los dos destroyers avistados por el «Galatea» y el «Faeton» eran, en efecto, la vanguardia del contraalmirante Hipper.

UNA BATALLA DE EQUIVOCACIONES

A 16.500 yardas de distancia, Beatty, que tenía los cañones de más largo alcance cometió el error de dejar que Hipper iniciara el fuego. En los primeros doce minutos de ataque los alemanes ha-

(Continúa en la página 23)

ciación al monumento. Hace apenas unos pocos días que el Club Rotario de una pequeña ciudad de Nebraska, en Estados Unidos, envió ya a la Unión Panamericana en Washington su contribución.

El costo total del monumento suma cuatro millones de dólares. Hace un año el directorio de la oficina Panamericana en Washington adoptó el acuerdo de recomendar a los gobiernos de América que una parte de esa suma o sea 1.500.000 fuera proporcionada distribuida conforme con el número de sus habitantes entre los 21 países de América.

EL «FARO» PARA 1942

Prácticamente hasta ahora solo las Repúblicas Dominicanas y del Salvador han concurrido a este llamado, prometiendo todas las demás cubrir también su cuota. El Senado y la Cámara de Representantes de Estados Unidos han aprobado ya una resolución en la cual declaran «que es un deseo del

pueblo de Estados Unidos participar en este movimiento para honrar la memoria del gran navegante y descubridor».

La idea es que el Faro se halle terminado en 1942, es decir, que se inaugure el 12 de octubre de ese año, que es justamente el 450 aniversario del descubrimiento de América.

En la América Hispana, el 12 de octubre es considerado la fiesta de la raza y este año más que nunca esa fecha debe significar un punto de partida para eso que Nicholas Murray Butler ha llamado «el destino Colombino de las Américas».

El Faro que aún espera su construcción en Punta de Torrecillas es una meta de ese destino y debe ser una egloga de piedra y mármol construida por la gratitud americana al hombre «que saltó los espacios donde estaba hundida la Atlántida y al quien hizo encontrar a la tierra su medida y al globo su equilibrio».

ESTONIA ES SOMETIDA DE NUEVO AL YUGO DEL OSO RUSO

CONVICTO del delito de traición este Tribunal Militar condena a muerte al acusado.

Eran los días trágicos de 1905, cuando una Rusia sangrante, derrotada por el Japón, reprimía de manera cruel el estallido interno de un pueblo que pedía libertades. Y aquel joven nativo de Estonia, de ojos brillantes y movimientos exaltados, había intentado oponerse a la autoridad del czar, buscando para el pequeño estado del Báltico una autonomía que lo hacía reo del delito de rebelión.

Cuando se le comunicó la sentencia, Konstantin Paets—que tal era el nombre del joven imberbe—no se inmutó. El sabía que su causa no estaba todavía perdida. El descontento hacía aquella autocracia que ahogaba en sangre a la ciudadanía pero percía sus batallas frente al enemigo, era general entre el pueblo. Entre los soldados como entre el paisanaje, la propaganda subversiva había ganado muchos adeptos. Podía escaparse... y se escapó!

Treinta y cuatro años después este mismo Paets, ahora dictador de la minúscula República de Estonia, se ha vuelto a ver de nuevo ante otro tribunal moscovita. Esta vez no era su vida la que se debatía, juzgada en última instancia, sino su obra. Y el juez que de antemano había fallado el caso no vestía el uniforme lleno de entorchados de los aristocráticos militares del czar, sino la chamarreta llana de los revolucionarios de antaño: José Sta'in.

UNGUIDA OTRA VEZ AL YUGO DEL COLOSO RUSO

El nuevo fallo, del que el presidente Paets no se podrá escapar, ha condenado a Estonia a ser en adelante un protectorado de Rusia, algo semejante a lo que es Eslovaquia respecto a Alemania. Los rusos tendrán una base naval en Puerto Báltico (Paldiski), bases navales y aéreas en las islas Oesel y Dagoe, y un ejército de 25.000 hombres en el territorio estoniano. En otras palabras: Estonia vuelve a verse unguida al yugo del coloso ruso.

Fué en tiempos de Pedro el Grande—a quien parece volver los ojos José Stalin al iniciar, aliado a la Alemania de Hitler, su expansión imperial—cuando Estonia pasó definitivamente a poder de Rusia. Antes, en el siglo XIII, habían sido conquistados por los Caballeros Germanos, de quienes pasó su dominación, sucesivamente, a los daneses, los polacos y los suecos. Pero los estonios—o estonios—habían resistido heroicamente todos los esfuerzos de asimilación, preservando su lenguaje, sus costumbres y sus tradiciones. Por medio de sus festivales, de sus danzas folklóricas; mantenían vivo el espíritu de unidad nacional que los hacía soñar con la independencia. Esfuerzos numerosos, en ese sentido, habían fracasado. Sólo en 1917, cuando el imperio de Nicolás II batido por los alemanes en el frente de batalla y por los bolcheviques en el interior se desmoronó con estrépito, pudo Estonia reclamar para sí una independencia que había de vivir, como Checoslovaquia y como Polonia, sola

La Radio Foto Editors Press muestra al Ministro de Relaciones de Alemania Ribbentrop, en el momento de tomar el avión que lo debía llevar a Moscú el 27 de septiembre reciente, a esas conversaciones con Stalin y Molotoff que marcaron el «momento más trascendental de la Rusia desde el triunfo de la revolución bolchevique en 1917». Lo acompaña el Embajador de Rusia en Berlín. Los personajes estonianos son el Presidente Paets, ocho veces jefe del Ejecutivo de su país, el general Laidoner, que lo ayudó a mantenerse en el poder sobre una base totalitaria, y el Ministro



de Relaciones Seltzer, que firmó la capitulación en Moscú.

mente durante veinte años. Para lograrla los estonios tuvieron que luchar durante más de un año con los bolcheviques, quienes transigieron con la secesión por el tratado de Tartu firmado el 2 de febrero de 1920. Estonia se había declarado independiente casi dos años antes, el 24 de febrero de 1918.

PRISIONERO DE LOS RUSOS Y DE LOS ALEMANES

El padre de la independencia de Estonia fué su actual presidente Konstantin Paets, quien ha sido también el piloto que ha guiado los destinos de la pequeña nación a través de los veinte años de su agitada vida. Demócrata exaltado en los primeros tiempos de su gobierno, un día tuvo que convertirse en dictador porque la democracia en Estonia, como en tantos otros países del mundo, «no trabajaba».

Cuando en 1905 escapó de la prisión donde esperaba la llegada de su última hora, residió en Suiza y en Finlandia como refugiado político, desde cuyos países trató de mantener vivo el movimiento nacionalista. En 1917, cuando se inició el desmoronamiento del imperio de los czares, Paets retornó a Estonia y se entregó en cuerpo y alma a la tarea de crear la nueva nacionalidad. Pronto sin embargo, fué arrestado por los bolcheviques, de cuyas manos, una vez más, logró escapar. Libre otra vez, el 24 de febrero de 1918 declaró la independencia de Estonia sólo para que unos días después los alemanes ocuparan el territorio del pequeño estado y enviaran a su jefe a un campamento de concentración en Polonia, donde permaneció hasta que el triunfo definitivo de los aliados lo sacó de su esclavitud y su miseria.

EL GOLPE DE ESTADO DEL 12 DE MARZO DE 1934

La forma de Estado que se eligió para Estonia, colocada en manos del Parlamento la totalidad del poder hasta el punto de que el Ejecutivo sólo se limitaba a llevar a la práctica las órdenes de aquél. El Parlamento no podía ser disuelto y en cambio los legisladores podían eliminar al presidente cada vez que lo tuviera a bien. Así los estonios cambiaban de presidente como de camisa, hasta el punto de que el señor Paets ha ocupado ocho veces la primera magistratura. En tales circunstancias el mal estar se hacía patente y un partido fascista tomó incremento y se aprestaba a conquistar el poder cuando Paets, actuando en

concomitancia con el jefe del ejército, J. Laidoner, dio su golpe de estado el 12 de marzo de 1934. (Las elecciones presidenciales, en las que se contaba el triunfo fascista, estaban señaladas para esa misma Primavera). Como resultado de ello los líderes de la oposición a Paets fueron arrestados y la Constitución de Estonia, a partir entonces, fué letra muerta.

Paets pasó de ser regente de Estonia hasta el 24 de abril de 1938, fecha en que fué electo presidente de la República, bajo una nueva Constitución creada por él y su aliado militar, por un período de 219 a 19.

Bajo la nueva Carta se establecía el sistema corporativo con dos Cámaras que reemplazaban la Dieta y una Asamblea de representantes de los municipios locales. La elección del presidente alcanzaba un período de seis años.

De acuerdo con los poderes dictatoriales conferidos al presidente, éste podía crear y reemplazar gobiernos a su antojo, lo mismo en lo que se refería a la totalidad que a sus miembros. También tenía el derecho de disolver ambas ramas del Parlamento, y suspender durante dos semanas, en cualquier sesión, la Asamblea.

EL COMERCIO DE ESTONIA CON RUSIA ES NULO

De la población de Estonia compuesta de un millón 126.431 individuos, un 88 por ciento es alemana, un 8 por ciento rusa y un 1 y 1-2 por ciento germana. En cuanto a su religión, la gran parte de los estonios son luteranos.

La distribución de la tierra entre los pequeños agricultores ha sido uno de los puntos culminantes de la política de Paets. Las grandes propiedades de los aristócratas han sido divididas en menos de 60.000 parcelas que han sido entregadas a los pequeños agricultores para su explotación. De éstos unos 40.000 han pasado de jornaleros propietarios.

La importancia que Estonia tiene para los alemanes yace en su situación geográfica; entre los golfos de Finlandia y de Riga. Sus puertos, principalmente Tallin—la capital—, dominan el Báltico oriental, razón por la que Stalin, que hasta ahora carecía de bases en dicho mar, determinó apoderarse a toda costa de él.

La superficie territorial de Estonia es de 144.000

SERA el avión, como pretenden algunos técnicos, el arma decisiva en la nueva guerra?
Sobre la utilidad del avión militar se ha escrito más en los últimos tiempos que de cualquier otro tema. Cuando se supo que Alemania había vuelto los ojos a tal arma para superar las limitaciones a que la había sometido el Tratado de Versalles, se inició una campaña en algunos países encaminada a desacreditar el avión. Y se llegó a afirmar en no pocas ocasiones, que el avión no servía más que para matar a mansalva mujeres y niños.

Comentando el libro «Bombas desde el Aire» del comandante George Fielding Elliot de los Estados Unidos, se recogían no ha mucho las opiniones del mencionado militar en esta forma: «Ya nadie cree, después de las experiencias de España y China, que a un enemigo se le pueda vencer rápidamente con el uso de grandes fuerzas aéreas. El avión moderno sólo tiene dos aplicaciones efectivas en una contienda militar: como auxiliar de los ejércitos y las armas o como elemento de misiones tácticas y de exploración».

Tal concepto parecía equivocado y ello había sido probado en España. Indalecio Prieto, ministro de Defensa de la República, considerado por muchos como el único cerebro organizador de la España llamada roja, expresó su fe en el avión cuando afirmó lleno de convencimiento: «El arma con que el general Franco ganó la guerra en España fué, incuestionablemente, el avión».

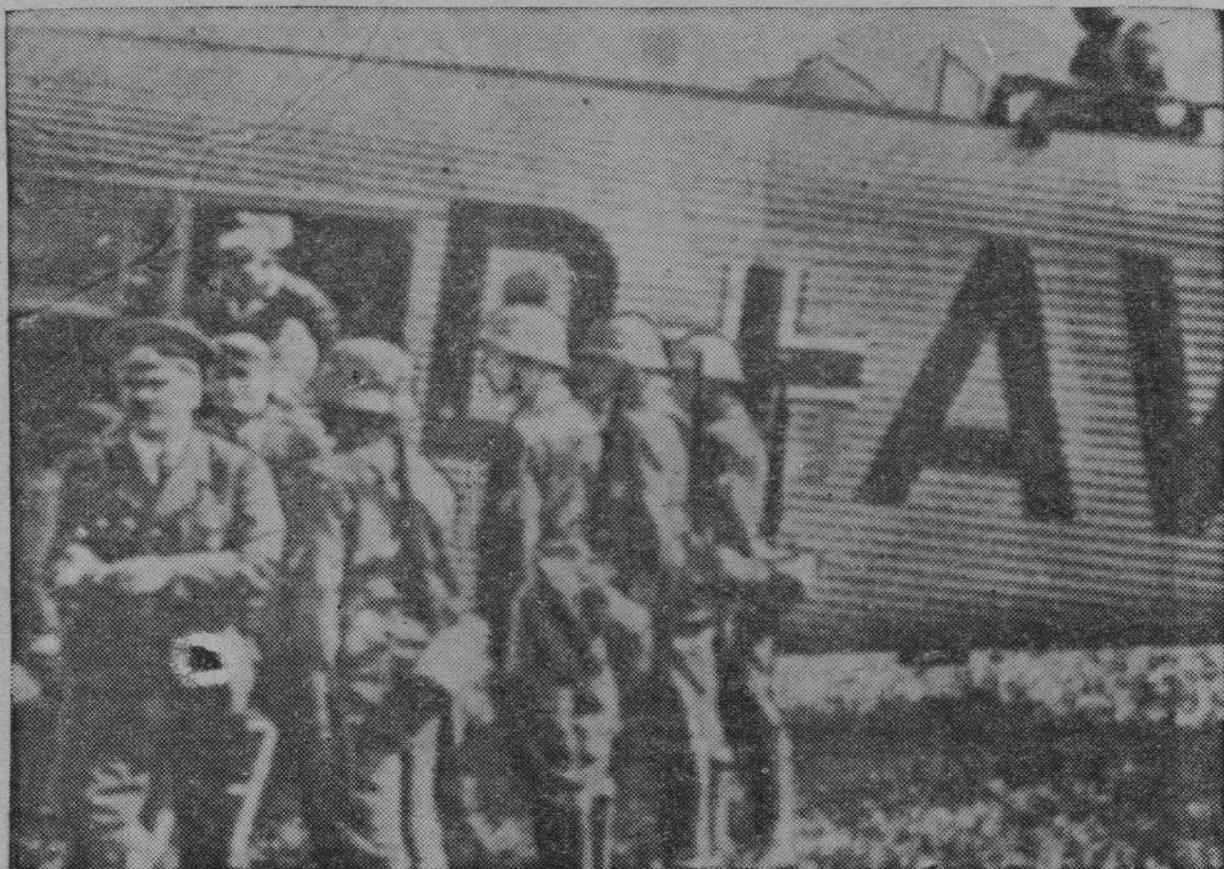
Se hablaba de los bombardeos de Barcelona y de si las bombas que cayeron en el corazón de la capital catalana quebraron o no, la moral de las gentes. Pero se olvidaba—o se ocultaba—la participación que cupo a la aviación en la conquista por ejemplo, del Norte. La llamada «línea de hierro» vasca era un sistema de defensa muy superior al que le permitió a los franceses mantener sus líneas durante la Gran Guerra. A pesar de lo cual un ejército franquista numéricamente limitado, los desalojó de sus posiciones debido al ataque efectivo de la aviación.

La campaña alemana contra Polonia y puesto plenamente de relieve la tremenda efectividad del avión como arma guerrera. Y ha venido a confirmar las teorías del italiano Douhet, quien consideraba al avión de bombardeo como elemento decisivo en una moderna contienda.

Su superioridad aérea le permitió a Alemania desorganizar completamente la vida de la nación polaca, impidiendo, en primer lugar, que se llevara a cabo la movilización general. Las reservas polacas llamadas a filas precipitadamente, llegaban a las estaciones de ferrocarril y se encontraban con que no circulaban trenes que los pudieran conducir a sus centros de reclutamiento. La aviación alemana, atacando y destruyendo sus vías de comunicación en todas partes, había paralizado el tráfico. Y los soldados no podían incorporarse a sus regimientos.

La guerra de 1914 no empleó el avión como arma ofensiva. Las armadas aéreas de las naciones eran nulas—Alemania apenas si tenía poco más de un centenar de aeroplanos cuando se iniciaron las hostilidades—y sus aparatos se destinaban exclusivamente a la observación. Más tarde sirvieron también para tratar de desmoralizar la retaguardia, realizando ataques en las ciudades que no producían resultados prácticos. ¿Pero qué le hubiera ocurrido a Francia—pongamos por caso—si la in-

millas, mientras que la extensión de sus costas es de 725 millas de largo. La agricultura es la principal ocupación de sus habitantes y los productos que produce en mayor escala el centeno, el trigo y la cebada. En su comercio Alemania ocupaba hasta ahora el primer puesto, consumiendo un 28.3 por ciento de sus productos. La Gran Bretaña quedaba en segundo lugar con un 25.1 por ciento. En cuanto a Rusia, que ha firmado un tratado comercial con Estonia al mismo tiempo que el pacto político que reduce a la última a la condición de vasallo, su comercio con la pequeña nación báltica no pasaba hasta ahora de un 2.9 por ciento del total.



Marchando ante un pelotón de infantería en un aeródromo alemán cerca del teatro de la guerra polaca, Hitler abandona el avión militar en que voló protegido por una escuadrilla de aparatos de caza, sobre los campos de batalla.

LA IMPORTANCIA DEL AVION EN LA GUERRA MODERNA

La rápida conquista de Polonia por los ejércitos germanos debida a la capacidad destructiva y desorganizadora de los aviones de bombardeo.—Sólo veinte días, según los cálculos de los expertos, podrán resistir las armadas aéreas de Inglaterra, Francia y Alemania la guerra aérea encarnizada que se espera. ¿Y después?

ción de su territorio hubiera coincidido con un ataque aéreo semejante al sufrido ahora por Polonia, que hubiera desquiciado sus comunicaciones impidiendo la movilización.

Se ha dicho en muchas ocasiones que la razón que llevó a Chamberlain al pacto de Munich—cuando las circunstancias hubieran sido mucho más favorables a los aliados que ahora—fué la certidumbre de la superioridad alemana en materia de aviación. El juicio de Lindbergh—se ha repetido—que pretendía que las fuerzas aéreas alemanas eran más fuertes que las de Inglaterra, Rusia y Francia combinadas, pesó decisivamente en el ánimo del gobierno de Londres. De ser aquel juicio certero, ¿cuál es la proporción actual de las fuerzas aéreas que, de continuar la guerra, entrarán pronto en juego?

En las estadísticas no se puede confiar, ya que cada fuente las presenta distintas. Sin embargo, hay un síntoma revelador que se puede formular en una interrogación: ¿por qué motivo las fuerzas aéreas de Inglaterra y de Francia no acudieron al auxilio de Polonia desde el primer momento del conflicto? Y si era que allí no disponían de aeródromos, ¿por qué no iniciaron inmediata-

mente un ataque contra los objetivos militares de Alemania, como manera de atraer a una parte de la fuerza aérea alemana que en tan desastrosa situación estaba colocando a la nación aliada?

Un escritor norteamericano—William Philip Simms—nos dá la siguiente explicación: «Alemania—dice—está fabricando a razón de 1000 aviones mensuales. Inglaterra y Francia, según mis informes, algo más. Si Alemania ha perdido un promedio de 10 aviones diarios en Polonia, esos menos tendrá cuando tenga que enfrentar su fuerza con la de los aliados.

Cuando ese momento llegue, los expertos creen que la guerra en el aire será terrible. Algunos estiman que las pérdidas ascenderán a un cinco por ciento diario, es decir, que el total de sus armadas sólo les alcanzará para veinte días. Después, las reservas y la potencia constructora de cada cual decidirán la victoria».

En los cálculos mencionados entran solamente Inglaterra y Francia, de una parte, y Alemania de la otra. Las gigantescas fuerzas aéreas de Rusia y de Italia, así como su capacidad constructiva, no han entrado, todavía, en las elucubraciones de los expertos.

LOS TESOROS MEDIOEVALES DE ESTONIA

El servicio militar es obligatorio para todos los estonios. El ejército, en tiempo de paz, es de 11.129 hombres entre oficiales y tropa, con una reserva de 90.000 soldados. La fuerza aérea se compone de 68 aeroplanos mientras que su Armada dispone de un torpedero, cuatro cañoneros y una docena de barcos auxiliares.

La capital de Estonia, Tallin—también se la llama Revel—fué fundada en el año 1219 por el rey Valdemar II de Dinamarca en el sitio donde había existido una vieja fortaleza usada por los nativos para defenderse de los ataques de los da-

neses. En un libro publicado recientemente en los Estados Unidos sobre el minúsculo país y debido a la pluma de Ronald Seth, se dice que Estonia posee una riqueza artística medioeval que difícilmente se encuentra en cualquier otra parte de esa zona de Europa.

En Tallin población de unos 120.000 habitantes, existe un castillo, tres iglesias y otros edificios y murallas que datan de la época de la dominación danesa. Otra interesante ciudad medioeval de Estonia es Narva, fundada en el siglo XIII y que contiene un fuerte construido en 1492—el año del descubrimiento de América—por el gran duque ruso Ivan III

LOS PERROS SOLDADOS DEL EJÉRCITO ALEMÁN



El perro siempre está dispuesto a participar en las luchas de los hombres.

la condición de europeo y, en cierto modo, el color de Europa al negro de otros continentes. La misma necesidad ascendió definitivamente al perro de categoría. Era su aspiración más grande: Candidato a la humanidad con serias posibilidades de triunfo, nada le gustaba tanto como hacer de hombre. Legión constituían ya los perros guardianes, los perros carreteros, los perros pastores. Perros artistas y perros de ciencia llegaron a haber en los circos. Cada vez humanizándose más el perro se convirtió en perro contrabandista, hasta en perro policía.

Fué un asombro. Esto último la gente no lo quería creer. ¡Perros policías! Mientras cierto día de mi tierra, paseando conmigo por la capital de la provincia, me daba cuenta de su escepticismo al respecto, yo pude decirle:

—Pues ahí tiene usted uno.

Silencioso el cura durante un rato, como de repente apareciese, idéntico al anterior, otro perro con una venda en una pata que realmente podía tomarse por un galón, apoyó, resplandeciente de ironía:

—¿Y ése será cabo?

Yo ignoro si a esta guerra llegarán los perros como el policía de la réplica, a ocupar puestos de responsabilidad. Pero de que los hay entre

Los perros educados para transportar material a la primera línea.



CUANDO escuchamos la observación de que al perro, para ser el mejor amigo del hombre, sólo le faltaba llevar dinero encima, aún no había ocurrido la Guerra Europea. En las guerras anteriores ya solían ayudarse con algún que otro animal. Pero el caballo.

La expresión inteligente del perro que recibe órdenes de su instructor.



soldados, ayudándoles con su adhesión y su fidelidad proverbiales, nadie puede tener dudas. De ahí, probablemente, lo que en Alemania ocurre. No bastando, por lo visto, la vieja teoría de la nación en armas; debiendo, al contrario, prepararse para la guerra todo cuanto puede contribuir al triunfo, como los hombres al llegar a cierta edad, los perros alemanes entran también en quintas.

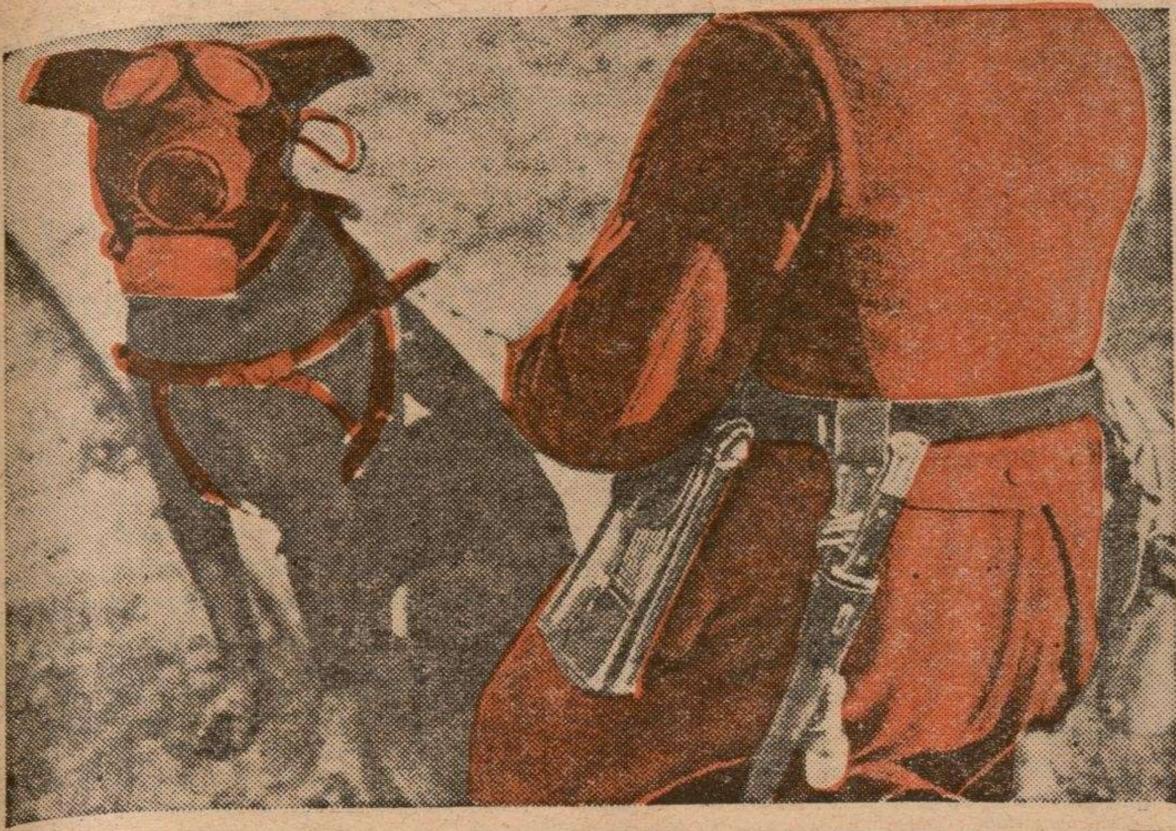
ooo

Y es que, según explica el jefe de su campo de instrucción, estos nuevos elementos del Ejército son utilísimos, sobre todo para transmitir noticias. ¿Se sorprenden ustedes? ¿Qué utilidad, para una cosa así, puede tener actualmente animal alguno? ¿No es mejor el teléfono? ¿No es más segura la radio? Pues parece que no. La radio se anula fácilmente con otras estaciones y, con mayor facilidad todavía, se corta el teléfono. El perro, en cambio, saca la lengua fuera, echa a co-

sobre el cual se completaba la terrible figura del centauro, y el elefante, convertido en una especie de fortaleza movediza, más que animales guerre-

ros, eran máquinas de combate.

En esto llega la Guerra Europea. A falta de hombres se arma al perro. Así como se le daba



Al perro se le habitúa a llevar la careta protectora contra los gases.

rrer y, como no le acierten con una bala, la orden llega a su destino.

No importan las dificultades, teniendo como tienen ideas propias. Sabe desconfiar, esconderse, sortea peligros y aprovechar ocasiones. Oigan ustedes al jefe antes aludido: «El factor psicológico, a que tanta importancia se concedió siempre en la guerra, es el motivo principal de la utilización del perro». ¡El factor psicológico! Psiquis, mariposilla ingrátida y sutil, por cuya existencia casi milagrosa un pueblo de poetas, al querer dar un nombre al alma, se ha acordado de tí, ¿qué dices a esto?

A los perros no se le confían únicamente órdenes y mensajes que interesen al Estado Mayor. Por lo general, hacen de vulgares carteros. Aun así se explica uno que estén orgullosos. Llevan periódicos a la línea de fuego. Llevan cartas de la madre y de la novia. ¡Llevan giros! Pero como haga falta conducir el pliego de que depende el éxito de una operación, allá está ofreciendo sus lomos y el jefe aceptándolos. ¿No hay motivos para engreirse?

Es el encargo que antiguamente, lejos de pensar nadie en dárselo a perro alguno, no se confiaba siquiera a cualquier soldado. Necesitábase para ello un soldado de determinadas condiciones, digno de confianza por su origen, caballero de probado temple, capaz de comerse el pliego y de morir antes de dejarlo caer en manos enemigas. Y ni así se fiaba el jefe. Para estar seguro de todo eso, no bastaba tampoco recordarle que llevaba en la mochila el bastón de mariscal. Joven de su época, desinteresado y galante, hacía falta, sobre todo, que la orden se la diesen los labios de una mujer.

Sin alma tan complicada, el perro no tiene necesidad de estos tortuosos estímulos. Con que cualquier hombre, jefe o soldado, lo elija para depositario de su confianza, ya se dispone a todo. A todo, lector. Porque no siempre se le confían tan nobles encargos. Una de las misiones de los perros en la guerra es la de servir de agentes de observación y enlace.

—En la guerra lo hacen todo—insiste el jefe del campo de instrucción—. Son realmente inapreciables para el Ejército. Cuando hay que extender hasta algún sitio por camino peligroso un hilo telefónico, también suele encargársele esa misión.

- ¿Y la cumplen?
- Casi siempre.
- Caerán muchos.
- Pero como no mueran en el acto, se arrastran hasta dejar el hilo donde se necesita.

¿Cumplen en Alemania todos los perros el servicio militar? Así como no todos los hombres son útiles para la guerra, no a todos los perros se admite en los cuarteles. El perro, al igual del soldado, ha de ser sufrido. Y se le exigen aún condiciones que a éste nadie le pidió nunca: inteligencia, discreción, sagacidad.

Como tan complejas cualidades imposible que se den en un solo perro, a cada cual se le utiliza con arreglo a la de rendimiento más seguro. Están, no obstante, realizándose trabajos a fin de conseguir un tipo de perro que sirva para todo. Es lo mismo que se hace con el alemán. Nada de alemanes escuchimizados, de alemanes morenos, de alemanes sospechosos de ascendencia judaica. Por idéntica razón, nada tampoco de «lulús», de «fox-terriers», de grifones y birrias de ésas. Perros y hombres, en Alemania, altos, magníficos, rubios como el león, como el león, fuertes y fieros.

Sólo así se les dará el «carnet». Sólo así serán dignos de servir a la patria.

¿Disponen los perros de cuarteles especiales o viven con los soldados en un cuartel común? Por ahora esto es lo que ocurre. Cada regimiento de infantería tiene venticinco; los de Caballería, doce, y se trata de inscribirlos también, aun cuando sea en clase de agregados, a los de Artillería. Como más se distinguen, no obstante, es como sanitarios.

Auxiliares de la Cruz Roja durante la guerra, muchos heridos abandonados por sus compañeros en las trincheras y los reductos deben la vida a los perros que supieron hallarlos. Además, los perros del Ejército llevan siempre a lomos el material necesario para una primera cura.

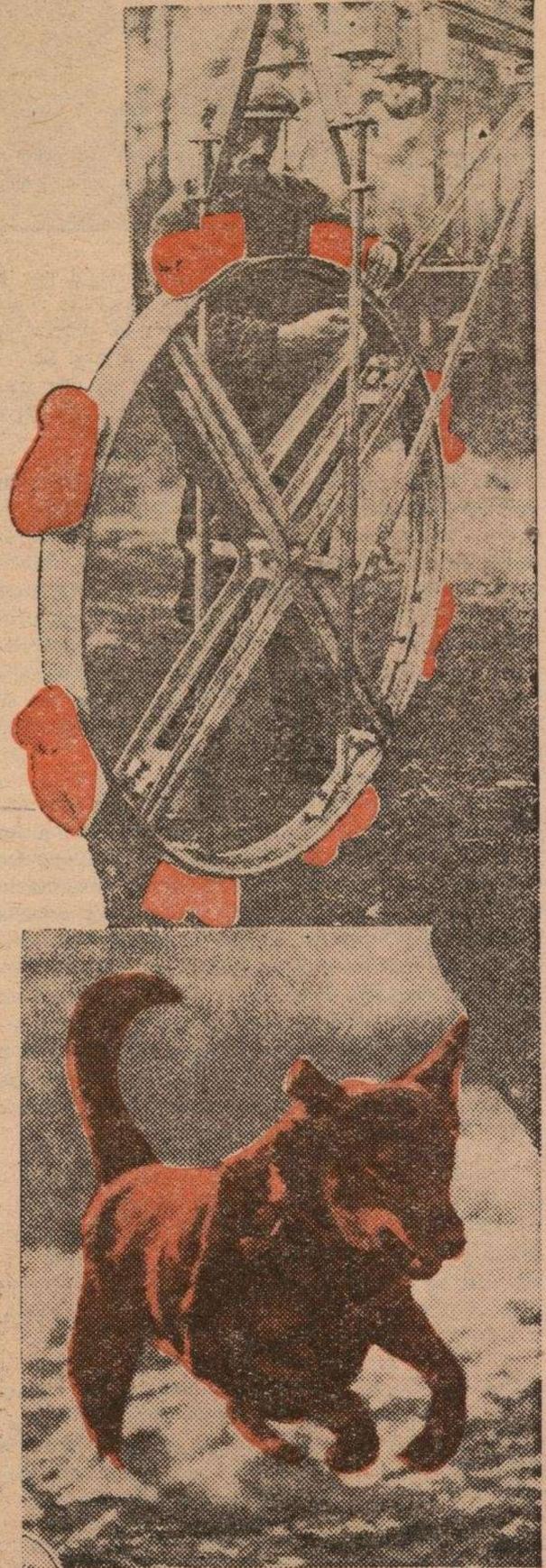
Sin embargo...

Ahí los tienen ustedes chapoteando en la nieve y en las charcas, impacientes de llevar a la línea de fuego, no sólo este auxilio, sino municiones. Ahí los tienen escuchando con aire inteligente, demasiado inteligente, casi humano ya, los consejos de su corruptor. Ahí los tienen, ufanos de las correas que le cruzan el cuerpo y el traje, pro-

visto de cartucheras de un verdadero militar. Y esos individuos tan vergonzosos, tan sensibles al ridículo, a quienes se les pone la piel colorada si les cortan el pelo dejándoles una borlita en el rabo y en la cabeza una melena de león, ni se estremecen al verse con la monstruosa careta de los gases. Sin saber seguramente para lo que sirve, parece decir como el salvaje detrás de su máscara erizada de bigotes y dientes de fiera:

«¡Que se estremezca quien me encuentre en su camino!»

Menos mal que aún no se le ha enseñado a manejar un fusil. Pero ni con dinero sería ya el mejor amigo del hombre. El dinero se lo daría al amo, al jefe del partido, al del Estado, tal vez.



Rueda marcahuellas, para enseñar a los perros a diferenciarlas.—Abajo: Un perro de enlace.

Es un amigo de los suyos: lo que se deba ser actualmente en Alemania. Y de esto, de amigo del alemán, de amigo del amo, o amigo del hombre, aun cuando parezca lo mismo, hay una distancia que ya acaso el perro no logre franquear.

F. CAMBA



La carrera tormentosa del príncipe Von STAHRREMBERG

EL PRINCIPE AUSTRIACO QUIERE FORMAR UNA NUEVA LEGION.—El príncipe Ernst Rudiger von Stahremberg, que en otra época fué líder de la Heimwehr de Austria se ha ofrecido para reclutar una legión austriaca que combata contra los alemanes al lado de Francia.

Conspiró con Hitler contra la República de Weimar cuando el "putsch" de Munich y se distanció de él cuando comprendió que el iluminado ex-cabo de la Guerra Mundial no propugnaba el restablecimiento de una Monarquía alemana que tuviera como sede Viena.—El telegrama de felicitación a Mussolini que le costó la pérdida de la vicecancillería austriaca.

NO congratulo de todo corazón por el triunfo de las armas fascistas sobre el barbarismo y sobre la hipocresía y deshonestidad democráticas. Lo felicito en mi nombre y en el de todos los que trabajan por el triunfo del fascismo en Austria. Viva el determinado líder de la Italia fascista».

Este telegrama que el príncipe Ernst Rudiger von Stahremberg envió a Benito Mussolini en el mes de mayo de 1936, cuando las huestes triunfadoras italianas paseaban los estandartes del fascismo por las regiones conquistadas de Etiopía, tuvo como propósito lisonjear al «Duce», con cuya protección había contado hasta entonces el vicecanciller de Austria. Pero sólo sirvió para que el canciller Schuschnigg, entonces en el apogeo de su efímero poderío, lo despidiera del Gabinete sin contemplaciones.

El príncipe no esperaba aquel final de una carrera militar y política que había iniciado a los 17 años, cuando ingresó en las filas del ejército austriaco que luchaba contra los rusos durante la Gran Guerra. Ni siquiera lo sospechaba aquella madrugada primaveral en que conversaba e ingería champaña con unos amigos, en un café de Viena. Un mensajero llegó hasta él y le entregó un pliego oficial que decía escuetamente: «Como resultado de las diferencias de opinión en cuestión de principios con el canciller Kurt Schuschnigg, ha presentado la dimisión de su cargo el príncipe Ernst Rudiger von Stahremberg».

Le quitaban, también, el mando del «Heimwehr», del ejército que él había formado. Amenazó desencadenar la guerra civil y juró «que tendrían que pasar por sobre su cadáver». Pero al fin se resignó a su suerte, sin que su protector Mussolini hiciera otra cosa que aconsejarle que fuera un buen muchacho y que regresara a Viena.

Este mismo príncipe que en otra época encarnaba los sueños de las vienesas casaderas, es el mismo que ahora se le ha ofrecido al gobierno de Francia para organizar una legión austriaca dispuesta a combatir contra la Alemania de Hitler.

Y fué también el que en 1923, cuando el futuro «führer» planeaba aquel «putsch» de Munich que lo llevara al calabozo donde escribió «Mein Kampf», se le ofreció para auxiliario en sus propósitos, utilizando sus propias tropas de asalto.

Fué el príncipe Stahremberg, por cierto, el único que salió de aquel complot contra la República de Weimar nimbado de cierta aureola de heroísmo. Había conocido al profeta del nacional-socialismo y había compartido sus planes y sus esperanzas no porque sintiera en el fondo de su corazón la misma llama que iluminaba a Hitler, sino porque

la República alemana le parecía un contrasentido y una profesión, de la misma manera que se lo parecía la austriaca. El príncipe von Stahremberg se había negado siempre a aceptar aquella humillante paz dictada en Versalles que convirtió en una República minúscula al orgulloso y en otro tiempo potente imperio de los Habsburgo y con un puñado de hombres se había batido valientemente en las montañas de su tierra, tratando de rechazar a los invasores polacos. A su entender la regeneración de la raza alemana sólo se podía lograr uniéndose al movimiento pangermánico encabezado por aquel iluminado cabo de la Gran Guerra, que era un austriaco como él.

El príncipe ingería cerveza y platicaba con un grupo de sus seguidores en Munich, cuando recibió la noticia de que había llegado el momento de asestarle el golpe mortal a la República nacida en Weimar. Sin pérdida de tiempo se puso al frente de un grupo de aquellas fuerzas de asalto que él había contribuido a crear con sus millones, y detuvo al burgomaestre de Munich y a varios de sus concejales. Pero mientras el guapo príncipe lograba un completo éxito en la parte del plan a él encomendada, los directores del «putsch», con Hitler y el general Luderdorff a la cabeza, fracasaban en sus propósitos. Todo se había perdido!

Más tarde, Stahremberg se arrepintió de haber auxiliado a Hitler y un cisma que adquiría cada vez mayores proporciones, se fué abriendo entre ellos. El príncipe propugnaba una Monarquía para todos los alemanes, que tuviera su sede en Viena,

«la capital que ya existía tal cuando Berlín era una aldea». Para Hitler la Monarquía significaba una rémora que habría de obstaculizar con la fuerza de sus tradiciones y de su anacronismo, sus propósitos de rehabilitación integral.

Cuando el príncipe católico de los treinta años, con sus bigotes y sus ojos azules, se incorporó como uno de sus principales pilotos a la tripulación de la nave del estado austriaco de la que era capitán el canciller Dollfuss, Hitler era su enemigo y Mussolini su protector. Pero cuando el Duce lanzó la primera piedra contra el «status quo» defendido por Inglaterra, lanzándose a la campaña de Etiopía, la reacción del gobierno británico, que amenazaba una amenaza para sus intereses en el Sudeste y Egipto, trajo como consecuencia las sanciones de la Liga de las Naciones contra Italia, y Mussolini le abrió los brazos a una Alemania cuyas intenciones para con el Austria eran conocidas de todos.

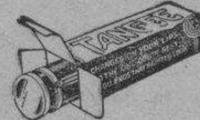
Desalojado del gobierno por el canciller Schuschnigg—sucesor del asesinado Dollfuss—el príncipe Stahremberg volvió sus ojos hacia el amor casándose con Nora Gregor, la bella actriz vienesa que le había dado un hijo mientras continuaba unido por el lazo matrimonial a la condesa Isabella de Salm Reiffenscheidt-Haltz. Desde 1928 hasta 1936 había estado el príncipe tratando de divorciarse de la condesa sin lograr su objetivo. Por fin en dicho año, cuando los dos cónyuges determinaron a romper el vínculo afirmaron que se habían puesto de acuerdo para no tener hijos, el decreto de nulidad fué expedido por el Vaticano.



Ella lo amaba en silencio. El se había fijado en ella—pero la evitaba. Le chocaban esos labios recargados de pintura. Ella se dio cuenta... usó Tangee y...



Ella se tomó la revancha! Por algún tiempo se dejó cortejar—pero se mostró reservada... hasta que por fin le dió el sí... «Me gustas—él dijo—por tu boca de grana... por que no te pintas... ¡no veo la hora de conducirte al altar!»



Causa sorpresa al usar Tangee por primera vez. Y luego admiración. Usted ve que pasado ligeramente es rosa. Repasándose llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vívido lo da el nuevo Tangee «Theatrical». ¡Y siempre luce usted «naturalidad» que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intente vendérselas aquí! Exija Tangee («Natural» o «Theatrical»).

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

GREGORY Mason contaba ocho años de edad al estallar la guerra hispano-americana en 1898 con motivo del hundimiento del Maine en aguas de aquella época—dice Mason hoy en su libro titulado «Recordemos el Maine»—los Estados Unidos eran «una nación de muchachos». Media docena de políticos astutos se apoderaron de la opinión pública y crearon el estado de alarma necesario para poder entusiasmar con arengas patrióticas a los ciudadanos aburridos de Florida y Nueva York. Dos señores periodistas, el anciano Pulitzer, y el reverberante William Randolph Hearst, se encargaron de hacer la propaganda de guerra para vengar el incidente naval de un buque que se fué a pique en el puerto de la Habana sin que hasta la fecha nadie haya podido averiguar cómo y de qué manera sucedió el hecho.

EL ESPIRITU MARCIAL Y LA CEGUERA DE LAS NACIONES CIVILIZADAS

Tan cercano es el episodio de la guerra entre España y Estados Unidos, que realmente asombra conocer cómo una nación acostumbrada al ajeteo de las luchas militares y navales, se equivocó sobre la noción del poderío yanqui. La verdad histórica, según la relata en su obra Mason, es que los intereses azucareros norteamericanos no habrían abierto los ojos si no hubiese sido por «la necesidad psicológica de una guerra en la mentalidad del pueblo» de los Estados Unidos. Era la época del furor imperialista; la república estaba asediada por numerosos problemas económicos; había una armada y dos Senadores estridentes, el señor Cullom, que exclamaba: «Ya es hora de que alguien despierte y convenga en la necesidad de que nos anexemos alguna propiedad»; y el brillante John Cabot Lodge, que decía: «queremos todo este hemisferio del norte para nosotros».

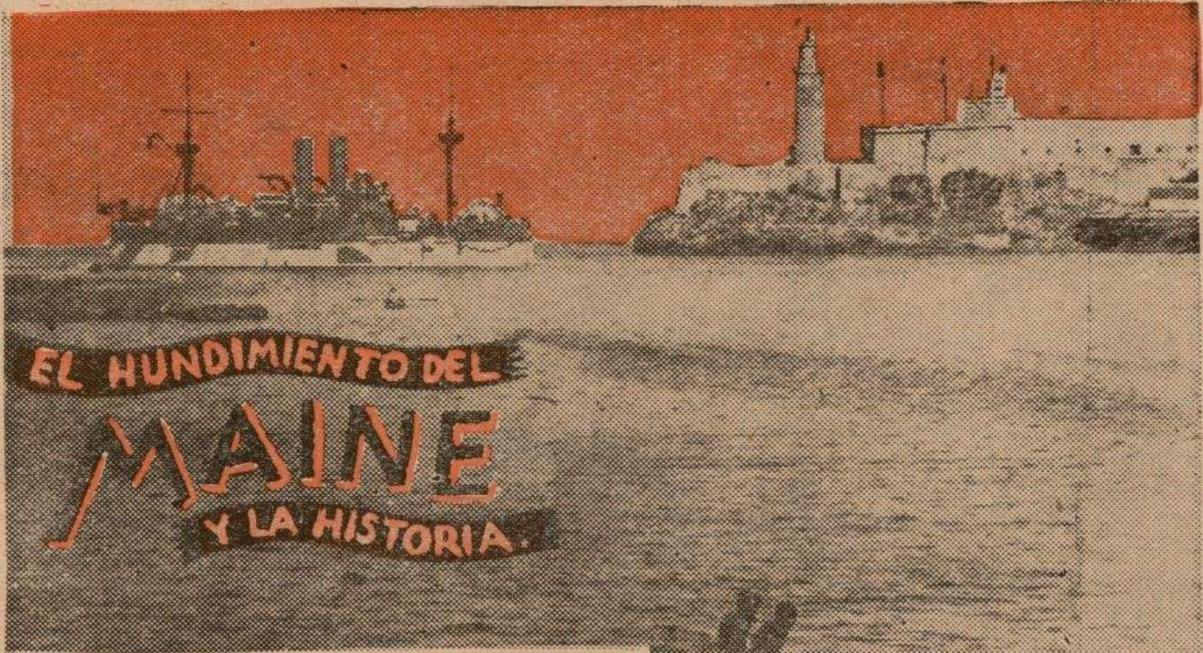
El Ministro de España en Washington no acertaba a comprender aquella insidiosa propaganda que se hacía en la prensa y en los vestíbulos de los hoteles. La pluma bituminosa de Richard Harding Davis no descansaba un instante. Había que salvar la libertad. En este ambiente repercutió con horroroso estruendo la explosión misteriosa del Maine.

LA ARMADA EMBOTELLADA

Mientras los ciudadanos de la costa americana comienzan a mudarse al interior para ponerse a salvo del bombardeo de los buques españoles y en previsión de la llegada de estos temibles hombres Teodoro Roosevelt, entonces Subsecretario de Marina, aprovechó la ausencia del Ministro Long para instruir al Almirante Dewey que partiera para Manila, a batir a las unidades de la Armada española.

Lo más curioso de las guerras es que tan pronto estallan, ya el poder civil desaparece por completo. Los generales mandan; los Almirantes dictan lo que el rebaño sumiso debe hacer. La Guardia Nacional americana elegía sus propios oficiales; los Ministros de Guerra y Marina estaban tan ocupados conferenciando en sus despachos que no sabían qué hacía el Ejército y dónde se proponía la escuadra del Atlántico atacar. Debíó ser una escena graciosísima la de Cervera evadiendo al Comodoro Schely y al Almirante Sampson, mientras estos maniobraban de mil suertes aterrorizados de que la Armada pudiera sorprenderles en alta mar. Todavía más cómica era la situación de los soldados, a quienes la malaria, la fiebre amarilla, la disentería, la tifoidea y la pulmonía, dejaron maltruchos o en los cementerios. El general Shafter, comandante de las fuerzas expedicionarias enviadas por el Tío Sam a Cuba, pesaba 300 libras Richard Harding Davis, infado de vanidad, le informa que él no es «un repórter común y corriente, sino un escritor descriptivo». No había entonces en la prensa americana escritores de talla como los de hoy en Arthur Krock, Dorothy Tompson, Walter Lippmann y Frederick Birchell. La calidad del tono la daban, en 1898, el imaginativo Davis Frank Norris y Stephen Crane.

Para ellos, los soldados aficionados de Shafter eran héroes; la Armada embotellada en la bahía de Santiago un acontecimiento de proporciones



Entrada en la Habana del crucero «Maine».

novelescas, cuando no pasó de una triquiñuela. En esta famosa batalla, los americanos perdieron un hombre y recogieron a otro herido. Los buques españoles, que salían del puerto uno a uno y se detenían en la boca, sufrieron 400 pérdidas. Más enconada y grave fué la batalla entre el Almirante Sampson y el Comodoro Schley por hacer lo que les vintiera en gana con la guerra.

LA BATALLA DE SAN JUAN

En cuanto a los incidentes de Las Guásimas y la colina de San Juan, el autor Mason no nos puede dar una explicación clara y precisa del encuentro. Se desprende, sin embargo, que esa figura del coronel Roosevelt, a la manera de un Napoleón en pleno trópico, ha sido exagerada bastante entre los norteamericanos. Los españoles carecían de material de guerra y provisiones para sostener una campaña prolongada; de haber contado con estos elementos, y hábilmente dirigidos por la Metrópoli, bien pudieron derrotar en el terreno a los voluntarios del Tío Sam, aunque no es tan seguro que habrían liquidado a las huestes de Maceo y Máximo Gómez, acostumbradas a la guerrilla de mani-gua.

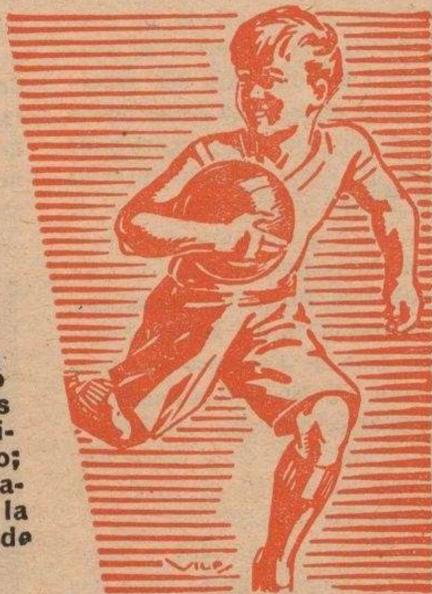
Lo que para los cubanos era un ideal ardiente, una cuestión de fe en el apostolado de Martí, para los españoles era un asunto de dignidad y de pru-

rito militar, un deseo irrefrenable de someter a los criollos. Y en este dramático escenario se presentó de pronto un contingente de abigarrados reclutas cuyo concepto de la guerra estaba sintetizado en la canción que iban cantando: «There will be a hot time in the old town tonight», o sea, que en el viejo pueblillo iba a haber una juerga tremebunda para los soldados.

Gregory Mason ha pintado en este libro delicioso la emoción de la guerra de Cuba tal y como la entendían los americanos. Muchachos que besan a sus novios alistados en las filas; políticos filibusteros que disparan discursos a diestra y siniestra; capitalistas ambiciosos que sueñan con la caña uva y el chirrido del trapiche. Si Roosevelt no se da prisa, el Almirante Dewey le habría arrebatado la presidencia. Dominado por una bella mujer, Dewey creía que la política nacional debía girar alrededor de las medallas y las charreteras. Lo perdieron su excesiva vanidad y la astuta perseverancia del Cazador de Leones. El asesinato de Mac Kinley fué quizás el hecho más sangriento de la guerra hispano-americana. Hay quien opina que después de Mac Kinley fué que en Washington hicieron la verdadera acometida contra España en América.

SEA ROBUSTO !

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rapido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, deben tomar vino de



Quinium Labarraque

APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt : Maison FRÈRE
19, Rue Jacob, PARIS

VEINTISEIS años tenía Rubens cuando pisó por vez primera la Corte de las Españas. Esto sucedía en el verano de 1603. Dos años antes había entrado al servicio de Vicente de Gonzaga, duque de Mantua, extraño y poderoso personaje que repartía sus devociones entre las bellas artes y las hermosas de su tiempo. Sus colecciones de pinturas y objetos preciosos gozaban de universal nombradía, y nadie ignoraba, por otra parte, su ariación desmesurada a la mujer, siempre que ésta luciese un bello palmito y se moviera en esferas de lujo. Este hombre codicioso de placeres, así estéticos como amorosos, mostró desde el primer instante por el gran pintor flamenco una admiración exaltada y cordial. El genio magnífico de Rubens, que ya entonces se abría a la vida con esplendores fastuosos y un sentido epicúreo del goce pocas veces igualado, halló en el de Mantua una honda comprensión hasta el punto de hacerlo primera figura de su Corte y uno de sus amigos más dilectos.

No andaba por este tiempo la situación política del ducado de Mantua todo lo segura y feliz que fuera de desear. Como todos los pequeños Estados, en peligrosa vecindad con potencias de alto bordo, temía a cada momento que sus fronteras fuesen violadas, por lo que se imponía un especial teje-maneje en las relaciones guerreras y diplomáticas con los otros pueblos, a fin de conservar la independencia y la integridad del propio. De ahí que Vicente de Gonzaga tratase por todos los medios de andar a bien con las repúblicas de Venecia y Génova, con el gran ducado de Toscana, con el virreinato de Nápoles, con el ducado de Milán, a más de con Francia y Alemania, temibles rivales todos ellos, en el caso de cualquier diferencia o conflicto.

Este deseo de amistosa vecindad puede decirse que lo había logrado el de Mantua con todos los príncipes que lo rodeaban, a excepción de España, que sin mostrar hacia él ojeriza de ninguna clase, se mantenía, no obstante, en frío alejamiento, germen de posibles disputas en el porvenir.

Para ganarse la voluntad del monarca hispano, Felipe III, a la sazón, el de Gonzaga discurrió un arbitrio que pocas veces falla: el del obsequio y la dádiva gentil. Se informó de los gustos del rey y de sus favoritos, e inmediatamente reunió aquellos regalos que más podían agradarles. Para el soberano, gran cazador, eligió seis caballos de raza, once arcabuces de finísimo damasquinado un gran vaso de cristal de Bohemia con perfumes de Arabia, a más de una ligera carroza para sus excursiones cinegéticas. Para el duque de Lerma, dueño y señor de la voluntad del príncipe y apasionado coleccionador de obras artísticas, dispuso diversas copias de cuadros de Rafael y otro vaso, éste de plata, lleno de esencia. Para la hermana del duque de Lerma, la condesa de Lemos, objetos de piedad y devoción, y para don Pedro de Franqueza, uno de los hombres de confianza del favorito, preparó una tapicería de seda de Damasco con borlas y guarniciones de oro. ¿Quién podría hacer llegar todos estos presentes a la Corte española y entregarlos con el atuendo que ellos merecían? Nadie mejor que Rubens. Y allí se vió partir al Flamenco de los estados mantuanos con sus riquísimos bagajes en la primavera de 1603, y llegar a España un mes pasado, tras no pocas molestias y contratiempos.

El rey no estaba en Madrid en aquellos días. Hubo que ir a Valladolid, por malos caminos, entre grandes vientos y lluvias. Tampoco estaba allí el soberano, sino en Burgos, de donde regresaría a poco. Rubens esperó con su valiosa carga, y por fin, el 11 de julio, acompañado de Iberti, representante en Madrid del prócer mantuano, hizo entrega a Felipe III de los regalos de su señor, los que llenaron de contento al monarca. Al día siguiente, fueron al palacio del duque de Lerma. Rubens colocó en una gran sala todos los lienzos de que era portador. Cuando entró el duque en este aposento, vistiendo una bata de vellori, quedó



Felipe IV y (al lado) la Reina Isabel de Borbón.

PEDRO PABLO RUBENS EN MADRID, CON OTROS MOMENTOS DE SU VIDA

por PEDRO MASSA

admirado de la belleza de aquellas pinturas. Las contempló largamente y, a excepción de una, las reputó todas originales y no copias. Rubens estuvo tentado de deshacer el error en que caía el valido, mas comprendiendo que dejándolo en su engaño servía mejor los intereses del duque de Mantua, no sólo se abstuvo de declarar la verdad, sino que confirmó con sus palabras el equivocado juicio de quien se tenía por un perfecto *connaisseur* en materia de arte.

Cerca de un año permaneció Rubens en España entre Valladolid y Madrid. En este tiempo, si bien es verdad que no produjo todo lo que su fecundidad hubiera querido, pintó lienzos tan notables como «San Francisco recibiendo los estigmas», que se conserva en el museo de Valladolid; el retrato del duque de Lerma; «Cristo y los doce apóstoles» (Museo del Prado); el «San Juan», de la Academia de San Fernando y «Retrato de una dama española», que figuró en la Exposición Universal de Madrid de 1892, y que es una de las obras más características de la juventud del pintor.



«La adoración de los Reyes», pintado por Rubens en 1608, en Madrid.

Una de las causas que movieron al duque de Mantua a enviar a Rubens a Madrid, fué el deseo de que retratase «a las damas más hermosas de la Corte española». Quería coleccionar cuantas bellezas fuera posible por un insano purito de empecatado Don Juan. Rubens no hizo caso de semejantes órdenes (se negó igualmente a ir a Francia para realizar parejo designio), y en cuanto pudo

se tornó a Italia, dispuesto a emanciparse de aquella servidumbre, en la que su genio no podía lucir con el debido fulgor. En 1608, lo vemos en Amberes, donde es nombrado, a poco, pintor de cámara de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia. Un año después contrae nupcias con Isabel Brant, encantadora criatura de dieciocho años, y en ese momento comienza para el pintor la época más luminosa de su vida, no siendo extraño a esta magnitud de gloria el acontecimiento epitalámico que acabamos de señalar.

Septiembre de 1628. Rubens entra de nuevo por las puertas de Madrid. Llega como enviado de la archiduquesa Isabel para negociar la paz entre Inglaterra y España. Al principio Felipe IV opuso alguna resistencia a que un pintor fuese empleado en asuntos de tal importancia. «El prestigio de esta Monarquía —son las propias palabras del soberano en carta a su tía Isabel— debe, necesariamente, sufrir por el hecho de que los embajadores se vean obligados a conferenciar sobre proposiciones de tanta monta con un hombre de mediocre condición». (Felipe IV, en su orgullo de príncipe, no concebía que un simple artista, tan glorioso que fuese, pudiera ser al mismo tiempo un habilísimo diplomático). «Si el país de origen vienen esas proposiciones —sigue el monarca— libre de elegir el intermediario que le plazca, elección, al recaer en Rubens, es para nosotros singularmente penosa». A estas palabras contesta la archiduquesa haciendo un cumplido elogio al insigne flamenco y permitiéndose señalar a su brinco que «Gerbier, también pintor, había llegado hasta ella con cartas del duque de Buckingham para entablar parejas negociaciones, y que lo importante no era que éstas fuesen llevadas por o cual persona, sino que llegasen a conclusiones satisfactorias para ambos pueblos. De todos modos, el pacto lo redactarían personajes autorizados, cuya tarea se facilitaba mucho con estos primeros avances».

Días después de llegar Rubens a Madrid, el conde-duque de Olivares reunió el Consejo de Estado. Estuvieron presentes don Agustín Messía, don Fernando Girón, don Juan Vilella, el marqués Leganés y otros magnates. Olivares comunicó al Consejo los informes que acababa de transmitirle.

el pintor y los que él tenía, a su vez, de Endymion Porter. Relató punto por punto el ataque a las costas de Cádiz por la armada inglesa, «a despecho de todas las leyes divinas y humanas», señalando el triunfo de los españoles y dijo que, arrepentido de Carlos I de aquella aventura, había solicitado la paz, según constaba en las comunicaciones de Gerbier a Rubens. Por otra parte, el mismo Endymion Porter le había informado de que el rey de Inglaterra estaba tan favorablemente dispuesto a negociar la paz con España que el propio Buckingham vendría a Madrid con tan importante misión, en cuanto las circunstancias lo aconsejasen.

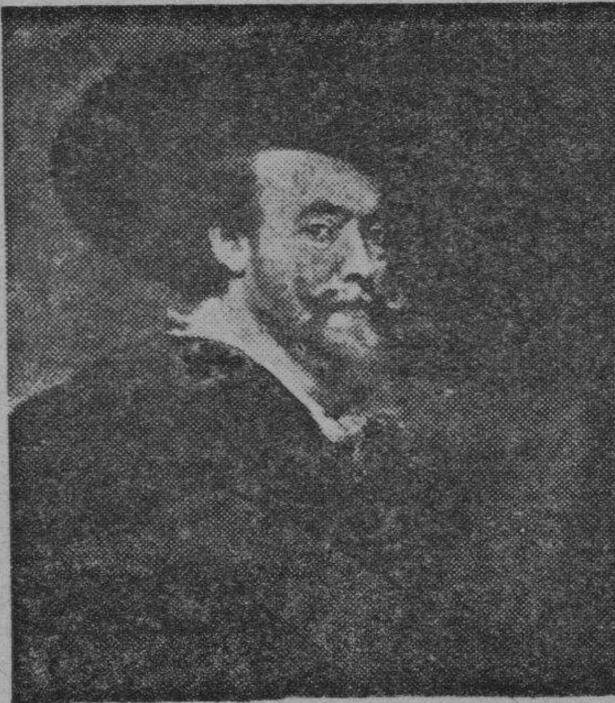
Al llegar a este punto se hizo entrar en la sala del Consejo a Rubens, quien confirmó todos los extremos de las manifestaciones del conde-duque, añadiendo, por su parte, algunos detalles, pues muchas de aquellas negociaciones las había llevado él en persona. La asamblea deliberó sobre todo lo expuesto, y decidió encargar a Porter que escribiese a Buckingham que el rey estaba dispuesto a concluir con Inglaterra un tratado de paz. Estas gestiones no pudieron ser hechas, conforme se había pensado, pues asesinado Buckingham en Londres un mes antes, su muerte cambió en muchos aspectos la marcha de la política inglesa, y había que esperar a conocer los nuevos rumbos de la misma.

Cumplida su principal misión en la Corte del rey Felipe, Rubens dióse a su arte con aquel febril entusiasmo tan característico en él. Instalado en el propio palacio real, no hay que decir que los retratos de los reyes y de los infantes es lo primero que sale de sus pinceles. Lástima que muchos de estos lienzos hayan desaparecido. Todavía se conserva en la Pinacoteca de Munich un retrato de medio cuerpo de Felipe IV, pintado en Madrid por Rubens, en el que aparece el soberano vistiendo un jubón negro con botones de oro. La mano izquierda se posa sobre la empuñadura de la espada, y sobre la oscura ropilla resaltan el Toisón de oro y la cadena de otra orden. Este retrato da la impresión de un joven de humor fácil que «habiéndose sacudido el yugo de las obligaciones y molestias que pesaban sobre él cuando no era más que un príncipe, se abandona ahora sin resistencia a todos los placeres del espíritu y de los sentidos». (C. Justi: «Diego Velázquez»).

Otro espléndido lienzo forja ahora también el gran maestro del barroco: el retrato de la reina Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV. Alta gorguera de encaje, vestido negro de seda, riquísimo collar de perlas y pendientes de lo mismo, y sus manos, la derecha sostiene un abanico y la izquierda un pañuelo. Muestra esta dama una serena belleza que Rubens trató de manera delicadísima, sin aquellos arranques dionisiacos que ponía en casi todas sus obras.

Otro de los trabajos de Rubens durante su segunda estada en Madrid, fué la ampliación que hizo de su famoso lienzo «La adoración de los Reyes». Este cuadro fué pintado en 1608 para el Ayuntamiento de Amberes, pero no muy luego pasó a ser propiedad de la Casa real española. En un principio, terminaba el cuadro, en la parte alta, en el plumero que ostenta el rey negro, y en la parte de la derecha, en las espaldas del desnudo jayán que porta un cofre. Rubens no encontró muy de su gusto esta pintura, a los veinte años de haberla forjado, y le añadió árboles, columnas, cielo, ángeles, antorchas —fanfarria impura y magnífica, como la define Eugenio D-Ors— y además se retrató él mismo, muy a la usanza de los pintores de aquellos tiempos.

Rubens y Velázquez. En 1628 hacía cuatro años que Velázquez estaba ya al servicio del rey de España, como paje y aposentador. Tenía veintinueve años, y sus pinceles comenzaban a ser famosos. Uno piensa que este muchacho, que aún no ha dado toda la medida de su genio, se rendiría, beato de admiración, ante la gloria fulgurante de Rubens, que está en el cenit de su magnificencia. No



Pedro Pablo Rubens y al (la do) su esposa Elena Fourment.

sucedió así. El sevillano admira al flamenco, mas sin desaforada exaltación, y acaso esto hace que Rubens se fije más en él y adivine todo lo que aquel mozo sería en la pintura española. Nunca se vieron frente a frente dos pintores de espíritu y factura más distintos. Rubens era la opulencia, el frenesí en el color, el lujo y la alegoría. Velázquez era la sobriedad, el rigor, la observación exacta, la realidad áspera y pura. Rubens amaba, como buen flamenco, las praderas exuberantes, la gorda alegría de las «kermesses» de su tierra, la hermosura femenina, hecha de rosa y nácar, en pagana desnudez. Velázquez adora los pardos canchales de la montaña, esa luz fría de las parameras, el zagalejo, el aire enjuto de las cosas, y esa hidalguía hispánica, hecha de orgullo y renunciamento.

Se ha hablado de posibles influjos de Rubens sobre Velázquez, teniendo en cuenta el visible cambio que se opera en el arte del pintor español, a raíz de conocer al autor de «Las tres gracias». Hay mil detalles que desmienten este influjo. Rubens, educado en el culto del pasado, lleva la mitología a sus lienzos con esplendores y alegorías de poema clásico. Velázquez pinta «Los borrachos» cuando aún tiene en la retina la embriaguez colorista del consejero de la archiduquesa, y la escena báquica no puede ser más realista ni más española, que es todo lo opuesto al sentido pictórico del flamenco. Y como este detalle, podrían señalarse a montones.

Rubens se parte de Madrid en abril de 1629. Va a París y luego a Bruselas a dar cuenta a Isabel Clara Eugenia del resultado de su misión. De Bruselas pasa a Londres, donde termina, felizmente, su cometido. Meses después, lo vemos en Amberes. Goza del alto aprecio de Felipe IV y de Carlos I de Inglaterra; ha triunfado de la diplomacia de Richelieu; el monarca inglés le ha encargado la decoración de White Hall; la paz en Europa, en este momento, puede decir que es obra suya. ¿Qué le falta para sentirse plenamente alborozado? Una mujer en su vida. Hace cuatro años que enviudó, y no es hombre para llenar con aventuras el vacío que dejó en él la dulce compañera. Piensa en casarse de nuevo —no es un mozo, pero tampoco es un viejo como para renunciar al amor: cincuenta y tres años— y al mirar en torno de él, descubre en su propia familia a la doncella capaz de labrar su dicha: Elena Fourment, sobrina de su primera esposa. Hay un inconveniente que a otro cualquiera le hubiera hecho meditar. Elena tiene dieciséis años. Pero Rubens salta por este escollo, y de allí a unos meses, contrae nupcias con la opulenta y rosada criatura.

El hombre del riguroso equilibrio en su vida, aunque no en su arte; el apolíneo y sereno, acaba de precipitarse en un abismo de espirituales zozo-

bras. Quiso una mujer enamorada y tuvo que contentarse con un modelo prodigioso, pero modelo al fin, con esa indiferencia y cansancio que suele mostrar la persona en interminable pose artística. Elena Fourment no amó a Rubens. Ni lo amó ni se sintió fascinada por su gloria. Fué una criatura de lujo, un precioso regalo que se hizo a sí mismo el artista a costa del profundo dolor que había de producirle no ser comprendido ni admirado por ella. ¡Cuántas veces, mientras plasmaba en la tela aquellos bloques de carne luminosa, debió mirarla a los ojos, para no ver en ellos sino fatiga y sumisión, y no el alto gozo de quien entra en los reinos de lo imperecedero por la magia soberana del arte! Es viejo y ella es joven. Le ha dado cuatro hijos, pero no le dió nunca ni siquiera la sombra de un querer. Bien caro pagó el maestro el supremo hechizo de esta criatura. Va a morir, se siente morir, y la mano que tiembla rinde todavía un devoto homenaje a la belleza sin par en ese lienzo que se llama «El juicio de París», en el que no hay —cosa rarísima en Rubens— una sola pincelada que él no pusiera. Rubens murió en 1640. A poco volvió a casarse la hermosa, y sobre los muros de la casa del gran flamenco puso un cartel que decía: «Almoneda».

(Tomado de «La Prensa», de Buenos Aires).

CORREDOR

—¿Qué te pasa, Luis, has tenido pérdidas ayer?
—Terrible... perdí cien mil dólares, y cuarenta de ellos eran míos.

o o o

VENGANZA

Ella.—No hay persona en el mundo a quien deteste más que a este muchacho.

Marido.—Pero entonces, por qué te empeñas en que se case con nuestra hija y lo antes posible?

Ella.—Pues por eso, porque no veo las horas de ser su suegra.—(Collier-s)

o o o

Si las mujeres no tuvieran a'guna vez mejor opinión de los hombres que la que ellos merecen, nunca se enamorarían.

o o o

DEFINICION

Un país bajo Dictadura es aquel en que todo lo que no está prohibido es obligatorio.



El drama del CIRCO

107, ARTURO HOERL

I

ROBIN Dale miró el sobre que acababan de entregarle. Impreso en su parte superior, se leía: «Circo Beller y Swarney: el mejor del mundo».

Rasgó el sobre y extrajo la carta, que decía: «Estimado señor Dale: El Gran Circo Beller y Swarney se encontraba en Long Island cuando usted solucionó el misterio del Fantasma de Scrimley Nos enteramos de aquella hábil pesqui- sa y ella es la que motiva esta carta. Desde hace un tiempo pasan cosas raras bajo la carpa de nuestro circo. No me atrevo a darle más explicaciones por carta. Se trata de algo mucho peor que un fantasma, pero estoy seguro de que usted podrá descubrirlo. El jueves estaremos en Jamesville. Si usted accede a venir, le explicaré verbalmente. Sinceramente suyo: Roy Swarney».

Robin se fué directamente al archivo del diario, y, después de revolver en él unos minutos, obtuvo una pequeña información sobre el circo Beller y Swarney. Se trataba de un espectáculo de doble pista, que ganaba bastante dinero. Los dos socios administraban el negocio y Beller había sido director de pista hasta el accidente que le costó la vida, bajo las patas de uno de los elefantes.

Con aquella escasa información, Robin bajó del tren en Jamesville al día siguiente. El circo había levantado sus instalaciones al otro extremo de la localidad y para llegar a él, tomó un viejo «taxi» que se hallaba frente a la estación.

El coche avanzó por una angosta calle, pues la Avenida Central, que era la principal arteria de la población, estaba ocupada en aquellos momentos por el gran desfile de artistas y animales del circo. El terreno en el cual se alzaban las carpas estaba desierto y un peón, que encontró casualmente junto a la carpa grande, indicó a Robin donde se hallaba la oficina de Swarney.

Al lado de la tienda o carpa principal se hallaba otra pequeña, pintarrajeada de todos colores, en la que se exhibían los fenómenos humanos. Dale dió vuelta a la misma y detrás vió otra carpa

baja y larga, en la que se guardaban indudablemente los caballos. Esta carpa se hallaba a bastante distancia de las principales, y más allá todavía vió los camiones en los que vivían los artistas: doce o quince, pintados de rojo, con ruedas amarillas. En ambos costados de cada uno de ellos, pintado en grandes letras, se leía el nombre del circo.

El peón le había dicho que Roy Swarney tenía su despacho en el camión No. 2. El reporter lo encontró sin dificultad: era uno de dos compartimentos bastante mayores que los otros, que se hallaban en la entrada del enorme semicírculo que formaban todos los vehículos.

Al aproximarse al camión, Robin oyó voces y se detuvo a escuchar.

—¿Vestida, estaba mirando por la ventanilla —decía una voz de mujer— cuando vi a Mr. Beller que se dirigía a la carpa grande. No le di importancia hasta que observé una sombra que lo seguía cautelosamente...

—¿La reconociste? —preguntó una voz de hombre.

—No: estaba demasiado oscuro.

—¿Por qué no me dijiste eso antes, Tita?...

—Tuve miedo. Y no habría dicho nunca nada, a no ser por lo que ocurrió anoche...

—¿Qué ocurrió?

—Creo que sólo yo lo oí. Hace días que no puedo dormir bien: el miedo y los nervios... Anoche, muy tarde, Reina Ana fué atacada. La oí gritar, y cuando salí a la puertecita del camión, vi una sombra que se alejaba de su camión apresuradamente. Ya sabes que el coche de Reina Ana está al lado del nuestro. Pero ella no me vió. Esperé, mas como ella no tratase ya de conseguir auxilio, decidí callarme. Una hora después, Carl Wiegler llegó al camión de Reina Ana y les oí discutir durante un buen rato.

—No digas una palabra a nadie de todo eso, Tita. Déjalo por mi cuenta...

II

Instantes más tarde, una joven salió del camión, alejándose en dirección opuesta al lugar donde se hallaba Dale. Era muy joven y hermosa. Dale la

observó hasta que, al llegar al extremo opuesto del semicírculo, la vio subir a uno de los camiones.

Estaba a punto de llamar a la puerta del camión No. 2, cuando vio a un hombre que subió también al coche en el cual acababa de penetrar Tita. Los movimientos de aquel hombre eran tan furtivos que le llamaron la atención. Vestía «breeches» azul claro y camisa de seda, cuyas mangas llevaba arrolladas hasta los codos.

La atmósfera misteriosa del lugar se había apoderado ya de Robin Dale. Llamó a la puerta del camión No. 2 y la voz de hombre que antes había ordenado le ordenó que entrara. El interior del vehículo estaba amueblado con cierto gusto. A un costado se veía un lecho con una colcha de cretona y el piso estaba cubierto de espesas alfombras. En el extremo de la parte delantera, una cortina floreada ocultaba, seguramente, un lugar destinado a guardar ropas. Había dos pequeños silloncitos y, frente a la cama, una pequeña mesa plegadiza encajonada en la pared.

—¿El señor Swarney? —preguntó Robin al verse frente a un hombre alto y corpulento, de varonil belleza no obstante lo descuidado de sus ropas.

—Sí... Y usted, seguramente, es Robin Dale, ¿verdad?

—Efectivamente... Recibí su carta y...

—Siéntese, señor Dale. Me alegro mucho de que haya venido.

Por un rato, charlaron de cosas sin importancia. Dale hizo algunas preguntas, y después se dispuso a escuchar, esperando que el dueño del circo suscitase el motivo por el cual le había llamado. Por fin, Swarney dijo:

—Están pasando cosas muy raras aquí, Dale... No les di mayor importancia hasta que se produjo la muerte de Beller. Estoy seguro de que hay una fiera humana entre nosotros. Sabe usted cómo murió Beller?

—Wignoro los detalles. Fué un accidente, ¿verdad?

—Sí, pero un accidente extraño. Lo encontré tendido en la cuadra de Emilia, una elefanta. Beller estaba muerto, destrozado por las enormes patas de la bestia.

—¿Lo mató la elefanta? —preguntó Dale.

—Eso es lo que se quiso hacer suponer... pero la cosa no ocurrió así. No... Estoy seguro de que alguien mató a Beller y después hizo que la bestia terminara el trabajo, para que pareciera un accidente. Hacía algún tiempo que Emilia se mostraba nerviosa y de mal humor...

—¿Y cómo supo usted que no había sido un accidente?

Aquella pregunta, al parecer sencilla, silenció a Swarney por un largo rato. Se puso en pie y fué hasta la cortina del fondo. Abriendo un cajoncito, sacó un objeto de unos treinta centímetros de largo. Era una cachiporra.

—Encontré esto detrás de la cuadra de Emilia —dijo Swarney dando la cachiporra a Robin—. Todavía puede usted ver las manchas de sangre. Nadie se dió cuenta, pero estoy seguro de que esa arma fué la que destrozó la cabeza de Beller. No dimos parte a la policía, porque nos hallábamos en una aldea de Virginia y no se hubiese descubierto nada.

—¿Y sabe usted a quién pertenece esta cachiporra? —preguntó Robin.

—¡Es mía!...

Se produjo un silencio. Swarney sonrió y tomando la cachiporra la guardó otra vez en el cajoncito. Después, encendió un cigarrillo.

—Esa es otra de las razones por las cuales no llamé a la policía. Sea quien fuere el autor del asesinato, lo indudable es que quería hacer recaer las sospechas sobre mí.

—¿Sabe usted de alguien que pudiera tener motivos para desear la muerte de Beller?

—Es difícil saber... Todos y ninguno. No era querido en el circo. En los últimos tiempos, él y yo habíamos sostenido violentas discusiones. Tal vez por eso se pretendió echarme el fardo a mí.



—Puede decirme por qué discutían? Si he de servirle de algo, será mejor que esté bien enterado de todos los detalles.

—Sí. Beller quería que yo me separase del negocio. Hace mucho que estamos trabajando con gran éxito y él lo quería todo para sí. Ahora bien; en lo que se refiere al resto de la compañía, no quiero predisponerlo a usted en contra de nadie. Ya los va usted a conocer a todos. Le doy entera libertad de hablar con ellos y preguntarles lo que quiera. Lo presentaré como periodista. No creo que convenga decirles para qué ha venido usted aquí.

—Sí: será mejor así. Dígame: ¿ha ocurrido algo después de la muerte de Beller?

—Este..., nada que pueda servirnos de algo, pero siento que hay algo misterioso y terrible que se cierne sobre nosotros. No es fácil de explicar, pero toda la compañía siente la misma sensación, una especie de miedo instintivo...

Dale esperaba que Swarney le hablase de la joven Tita, pero el dueño del circo no dijo una palabra sobre ella. ¿A qué obedecía aquel silencio? ¿Qué era lo que se pretendía ocultarle? ¿Era, acaso, que Swarney quería proteger a la muchacha contra algún peligro? Indudablemente algo raro ocurría allí. Y durante el almuerzo de aquel día Dale vió y oyó muchas otras cosas.

III

La carpa-comedor estaba en el extremo opuesto del terreno. Era de grandes dimensiones y tenía entradas por ambos extremos. Los artistas usaban una larga mesa. Los ayudantes y peones tenían otras mesas aparte, junto a la cocina portátil.

Por razones que Robin no se preocupó de averiguar, los «fenómenos» tenían su propia mesa. La mujer barbuda, el hombre tatuado, una familia de enanos y el hombre salvaje estaban almorzando cuando Robin penetró en la carpa con Swarney. Y durante todo el tiempo que permaneció en el circo, el periodista no vió sonreír una sola vez a ninguno de aquellos infelices seres.

Tita, la joven rubia, estaba allí con un clown. Los dos se hallaban separados del resto. El clown era un hombre de edad. El dedo frío e inexorable del tiempo había trazado surcos en su rostro. Eran padre e hija, según Swarney dijo a Robin. El clown se llamaba Beebo Meister. Poco después, Robin sabría que aquellas arrugas del «clownesco» rostro no eran sólo obra del tiempo.

—¿Ve esa cicatriz en su cara? —preguntó Swarney—. Se la hizo Beller, para reírse. Beller era director de pista. Beebo encabezaba a los clowns y tonies, y al pasar junto a él, Beller le dió un fuerte latigazo. Chorreando sangre, Beebo cayó a tierra. El auditorio aullaba de alegría, creyendo que todo era una comedia. Hace dos años de eso. Beebo odió siempre a Beller desde entonces. Y no sólo eso, sino que... Beller había puesto los ojos en voz baja. Una de esas veces, Tita irguió la cabeza

Tita y esa chica es el tesoro más preciado del viejo...

—Entonces —dijo Robin— es posible que Beebo...

—No, Dale, no creo que el clown sea el asesino. Este diálogo se produjo después, pero vino a complementar algo que Robin había observado en la carpa-comedor.

Otros artistas habían llegado a la mesa, pero Robin observaba atentamente a Tita y al clown Beebo. La joven era «ecuyere», nacida en un circo, criada en aquel ambiente. Los dos estaban evidentemente preocupados. Ella apenas levantaba la cabeza. De cuando en cuando, el padre decía en voz baja y contestó agriamente. De inmediato, la voz de



Beebo se elevó de tono. Todos los presentes pudieron oírle perfectamente:

—¡Lo encontraré!... ¡Lo encontraré y tendrá el mismo fin que ese perro de Beller! ¡Tendrás que decirme la verdad!...

Tita se puso en pie y huyó de la carpa. Robin no volvió a verla hasta que apareció en la pista en la función de la tarde, de pie sobre un hermoso caballo blanco.

Unos segundos después, penetró en el comedor con una mujer el hombre de los «breeches» azules y camisa de seda. Robin les fué presentado por Swarney. Eran el capitán Wieggle, domador de fieras, y Adela, la viuda de Jeff Beller.

Se sentaron un poco alejados del resto. Ella llevaba los cabellos bronceados y largos, cayendo en una sedosa cascada sobre sus hombros. Tendría unos treinta años y era elegante y fascinadora; por lo menos, para el capitán Wieggle. Durante toda la comida, el domador apenas si separó los ojos de su acompañante un segundo. Y a pesar de que Beller, su esposo, había muerto sólo una semana antes, Adela sonreía con frecuencia ante las palabras de Wieggle, pronunciadas evidentemente sólo para que ella las oyese.

Al salir de la carpa, Robin fué presentado a McLaughlin, jefe del personal.

—Mac —dijo Swarney—, el señor es Robin Dale, de uno de los diarios neoyorquinos. Está a punto de escribir una nota sobre nuestro circo, así que déle todas las facilidades posibles.

—Puede ir a donde le plazca. Y si me necesita, señor Dale, podrá encontrarme generalmente en la carpa grande. Perdóneme, pero tengo que ir a comer apurado. Antes de una hora empezamos la función.

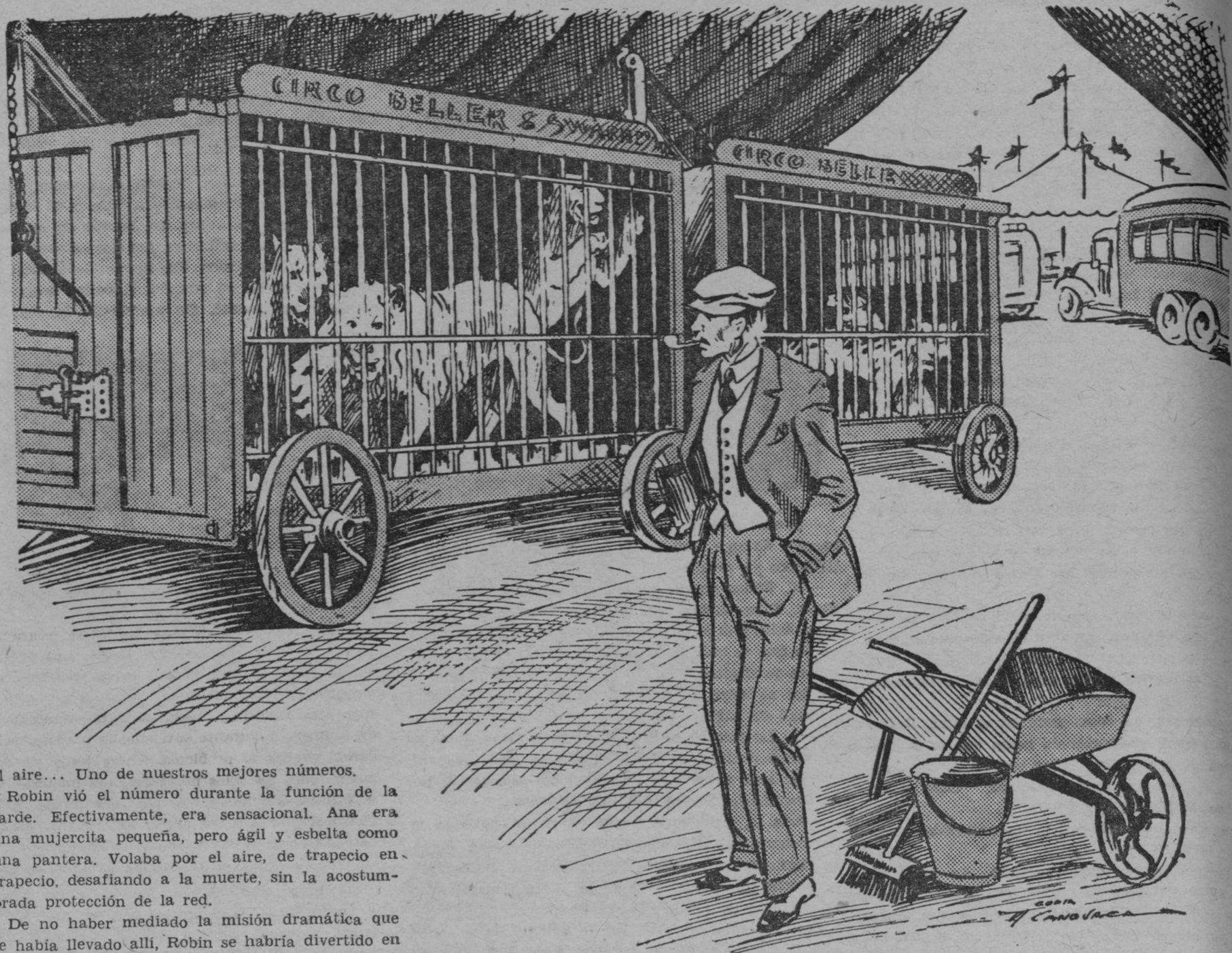
Otra vez solos, Robin sacó a relucir el asunto de Adela.

—Es una mujer hermosa —dijo— y ese capitán Wieggle parece completamente enamorado de ella.

—Adela no debía hacerle caso —dijo duramente Swarney, y Robin creyó adivinar celos en aquella respuesta. Pero como si hubiese comprendido que acababa de descubrir un secreto, Swarney agregó: —¡Pero no vaya a creer que es nada serio! Y de ninguna manera me atrevería a creer que ella ni él han tenido nada que ver en la muerte de Beller... De todas maneras, Wieggle es casado.

—¿Dónde está su esposa?

—Aquí. Ya la verá trabajar. Reina Ana se llama y hace un número de trapecio volante que siempre produce sensación: doble salto mortal en



el aire... Uno de nuestros mejores números.

Robin vió el número durante la función de la tarde. Efectivamente, era sensacional. Ana era una mujercita pequeña, pero ágil y esbelta como una pantera. Volaba por el aire, de trapecio en trapecio, desafiando a la muerte, sin la acostumbrada protección de la red.

De no haber mediado la misión dramática que le había llevado allí, Robin se habría divertido en el circo tanto como los centenares de niños que llenaban las localidades. Mas, a través de la función, su placer se veía nublado por un espectro que parecía arrojar su fantástica sombra sobre toda la compañía.

Pero, a pesar de su preocupación, ni siquiera Robin sospechaba que aquel fantasma se disponía a herir otra vez tan pronto.

IV

Aquella noche, el circo emprendió viaje hacia el norte y al amanecer llegó a Baldwin, New Jersey, donde debía actuar el viernes y sábado. Después seguiría hacia el Estado de Nueva York, emprendiendo viaje hacia el Oeste, para llegar a mediados del verano, a Iowa. Luego, huyendo del invierno se dirigiría hacia el sur.

Mientras el circo viajaba, el periodista anotó en su libreta de apuntes el resultado de sus primeras observaciones:

«Adela Beller: su aparente «flirt» con el capitán Wieggle parece darle un motivo para haber deseado la muerte de Beller. Pero ésta es la única sospecha contra ella».

«Capitán Wieggle: tiene también un motivo, y conviene tenerlo muy en cuenta, porque están a su cargo las fieras del circo. Valor no le falta».

«Ana Wieggle, «Reina Ana»: no tiene motivo aparente; tengo que profundizar algo más en este triángulo Adela-Ana-Wieggle».

«Beebo Meister: tiene motivo. Probablemente sospecha que Beller se burló de su hija. No es imposible que se le haya ocurrido una muerte tan horrible como la de Beller».

«Tita Meister: si Beller abusó de ella, tiene motivos de sobra. Sin embargo no es el tipo de mujer capaz de cometer una acción como esa».

«Dan McLaughlin: ningún motivo, que se sepa por ahora».

«Los demás: que yo sepa, ningún otro de la com-

pañía podía tener motivos para asesinar a Beller; hasta ahora no he podido descubrir que ninguno de ellos tuviera con el muerto otra relación que la profesional».

¿Quién podría ser la próxima víctima? ¿Tita?... ¿Por qué?... ¿Ana?... ¡Tal vez!... ¿Bebo?...

Cuando el camión se detuvo en Baldwin, Robin cerró su libreta y la guardó. Después, extendiéndose en la cama, se quedó dormido a pesar del ruido de afuera, donde los peones estaban empezando a armar el circo.

Despertó a las diez, refrescado por aquellas horas de sueño. Durante un rato, recorrió el terreno. Después, se dirigió a las jaulas de los animales. Le interesaba ver a Emilia, la elefanta.

Emilia tenía las patas encadenadas, por lo cual no le era posible moverse más que unos centímetros. Lo hacía nerviosa, moviendo el enorme cuerpo en una oscilación de péndulo y lanzando fuertes resoplidos con su trompa.

También los leones interesaron profundamente a Robin. El traqueo del viaje les había puesto intranquilos y recorrían incesantemente sus jaulas.

Cuando salió nuevamente al aire libre, Robin vió al capitán Wieggle que cruzaba rápidamente el terreno. Apenas le vió alejarse, se acercó al camión del domador y llamó golpeando en la puer-tita trasera. Ana estaba dentro del vehículo y se mostró sorprendida de la visita de aquel desconocido, hasta que Robin se presentó. Pero, a pesar de haber aclarado su personalidad, ella siguió mirándolo con cierta desconfianza.

Seguro de que no ganaría nada con circunloquios, Robin fué derecho al asunto.

—¿Reconoció usted a su inoportuno visitante de la otra noche? —preguntó.

Aquella pregunta produjo un efecto asombroso.

La mujer se quedó rígida y una mirada fría se apoderó de sus ojos.

—¿Qué sabe usted de ese asunto? —preguntó a su vez.

—Si supiese algo, no se lo preguntaría a usted ¿no le parece? —dijo Robin.

Se produjo una pausa y por fin ella, que no había cesado de mirar a Robin, dijo con tono seco:

—De cualquier manera, es un asunto que a usted no le importa.

—Pero usted no ha contestado a mi pregunta ¿Es que no quiere contestarla?

—¡No! Me basto para solucionar mis asuntos pero quiero decirle una cosa: ¡No se van a burlar de mí! ¡Sé demasiado ya, y esos dos no se burlarán de mí!

—¿Sobre qué sabe usted demasiado?... ¿Sobre la muerte de Beller?

—Tal vez sí, tal vez no. Y si no quiero hablar será posiblemente porque tengo mis motivos. Si todos saben lo que yo sé, ¿de qué me servirá saberlo?

No pudo sacarle una palabra más y salió del camión bruscamente. Con sorpresa vió que Beebo Meister se alejaba como tratando de ocultarse. Indudablemente había estado escuchando. Y Robin se preguntó a qué obedecía aquel interés del clown en lo que él hablaba con Ana Wieggle.

El periodista recibió otra sorpresa después de la función de la tarde. Swarney lo mandó a buscar y los dos cenaron juntos en el camión No. 2.

—Reina Ana sabe algo sobre la muerte de Beller, ¿verdad? —fueron las inesperadas palabras de Swarney.

—No sé —contestó Robin evadiéndose, y esperó.

—Me han dicho que anda hablando por ahí Maldita la gana que tengo de llamar a la policía porque tendríamos que suspender las funciones

seguramente, pero creo que si Ana sabe algo debería decirlo. ¿Qué le parece a usted, Dale?

—Personalmente, creo que Ana no tiene prueba alguna, y, en consecuencia, no ganaría usted nada con llamar a la policía. Saber que se ha cometido un crimen y probarlo son dos cosas muy distintas.

—¿Y... progresa esa investigación?

—Así, así... Tengo idea de que al final todo habrá de aclararse. Pero, por ahora, prefiero no hablar, porque a lo mejor mi hipótesis resulta falsa. Lo único seguro es que entre las carpas del circo se mueve una verdadera fiera humana. Opino que, cuando se precipiten los acontecimientos, nos será posible apoderarnos de ella.

En la función nocturna del viernes, Reina Ana estaba a punto de llevar a cabo su arriesgado acto de trapecios volantes. La altura y el movimiento de péndulo de los trapecios eran siempre cuidadosamente controlados. Para levantarlos o bajarlos hasta hallar la altura exacta se utilizaban unas roldanas colocadas a un costado de la entrada de los artistas a la pista.

Robin, que se hallaba mezclado entre el público, vio que, al iniciarse el número de Reina Ana, Swarney se hallaba junto a dicha entrada. Después, se concentró tanto en las peligrosas acrobacias de la artista, que no vio nada más hasta que Ana, dando un doble salto mortal, enderezó bruscamente el cuerpo y extendió los brazos en busca del otro trapecio que debía acercarse a ella. ¡Pero el trapecio no llegaba!... Es decir, llegaba, pero a una distancia de unos dos pies de sus extendidas manos...

Un espantoso grito de angustia se elevó en el circo. Y los espectadores se pusieron en pie como movidos por un resorte, mientras el cuerpo de la infortunada artista se estrellaba contra el piso de arena de la pista.

V

Dan McLaughlin y Swarney atendieron a Reina Ana. Pero nada pudieron hacer: la muerte había sido instantánea.

Poco después, ambos, con Robin, examinaron la polea del trapecio, descubriendo que éste había sido levantado deliberadamente por alguien, tendiendo así la trampa criminal en la cual había de caer la infortunada acróbata.

La policía se presentó, interrogando al dueño del circo y a algunos de los ayudantes. Pero después de aquellos interrogatorios se afirmó que la muerte se debía a un accidente.

Robin, Swarney y McLaughlin sabían perfectamente que aquello no era así, y a medianoche el periodista conversaba con Swarney en el camión No. 2. Ahora existían ya factores que Robin podía tener en cuenta, y deseaba hacer al propietario del circo algunas preguntas delicadas.

—Cuando Reina Ana inició su número, usted estaba cerca de las poleas de los trapecios. ¿No vio usted a nadie que anduviese con ellas?

—No, no vi a nadie —respondió Swarney—. Pero es que sólo estuve allí unos instantes. Adela acababa de terminar su número y salía de la pista. Yo me fui con ella, porque quería hablarle.

—¿Cuando usted se fué no observó nada sospechoso?

—Nada. McLaughlin, posiblemente, podrá decirle más que yo, ya que siempre se sitúa en ese lugar durante la función.

—¿Puede usted responder por Adela también?

—Sí: estuve con ella hasta el momento de producirse el accidente, y cuando oímos el grito del público salimos corriendo hacia la pista.

—¿Qué impresión le dió Adela mientras usted hablaba con ella?

—¿Quiere usted decir si estaba nerviosa o agitada? No: me pareció anormal. Estábamos hablando de un pequeño asunto de carácter personal.

Robin salió y fué en busca de McLaughlin. El jefe de personal estaba en la carpa-comedor. Robin se sentó a su lado y los dos tomaron café juntos.

—Dígame, Mac —preguntó el periodista—. ¿Vio usted a alguien cerca de las poleas de los trapecios

durante la función? Quiero decir, después que Swarney se retiró de allí con Adela.

—Sí —dijo McLaughlin—. El capitán Wieggle estuvo allí unos instantes. Generalmente observa desde ese lugar el número de su mujer. Pero hoy parecía mucho más interesado en Swarney y Adela que en el número... No le di importancia porque ya estoy acostumbrado a esas situaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Que el capitán y Swarney están enamorados de Adela. Pero me parece que el domador es el preferido.

—¡Ah!... ¿Y nadie más se acercó a las poleas?

—La mayor parte de los artistas pasan junto a ellas cuando entran o salen de la pista. No bien se inicia el número del trapecio, Beebo y los demás clowns y tonies salen de la pista. Las «ecuyeres» también. ¿Quién iba a pensar en observar las poleas?

—Otra cosa, Mac... Reina Ana sabía algo sobre la muerte de Beller. ¿Sabe usted o se le ocurre algún motivo por el cual ella haya guardado silencio sobre lo que sabía?

—No. Pero si Ana se calló, debe haber tenido algún motivo poderoso para ello.

El asunto parecía embotellado en un callejón sin salida. Aquella noche y las que siguieron, Robin trató desesperadamente de descubrir alguna pista tangible, pero no le era posible llegar a la menor conclusión concreta.

Pasó una semana. El circo llegó, un viernes a primera hora de la mañana, a Bethel, Nueva York. Debía permanecer allí dos días. Robin conocía la localidad por haber ido allí el año anterior enviado por su diario.

En el intervalo entre las dos funciones de aquel día se produjo un incidente que, al fin, proporcionó la pista sobre la identidad del asesino. El hecho ocurrió en el camión de Swarney.

Con frecuencia, el dueño del circo comía en su camión. En esta ocasión había invitado a Robin y, como de costumbre, estaban discutiendo la inexplicable tragedia que se cernía sobre el circo. Uno de los peones de cocina servía los platos. Swarney tenía dos perros a los cuales quería mucho. Y los dos animales estaban echados a sus pies mientras él y Robin comían.

En cierto momento, los perros se levantaron y apoyando sus patas delanteras en las piernas de su amo, pidieron algo de comer. Swarney jugueteó con ellos un instante y, finalmente, tomó dos trozos de carne de la fuente, obligando a los perros a que ladraran y saltaran antes de dárselos. Robin reía al ver las cabriolas de los dos animales, cuando, uno de ellos, con un movimiento rapidísimo, se apoderó del pedazo de carne y se echó en el suelo para comerlo. Un instante después ocurrió una cosa sorprendente. El perro pareció acometido de una violenta convulsión, agitó las patas un momento y rodó por el suelo, muerto.

Por unos segundos los dos hombres quedaron inmóviles, paralizados de espanto. Y, de pronto, mientras su cerebro funcionaba vertiginosamente, como en medio de una densa niebla, Robin oyó que Swarney decía:

¡Es necesario descubrir a esa fiera humana!...

Inmediatamente salió corriendo del camión y Robin le siguió. Los dos atravesaron el amplio espacio de terreno hasta la cocina. Poco después, el peón que les había estado sirviendo, se hallaba ante ellos. El hombre declaró que estaba sirviendo dos comidas: la de Swarney y la de Adela, con quien comía también el capitán Wieggle. Como el camión de éstos quedaba más cerca de la cocina, el peón llevaba primero los platos a Adela y después a Swarney. Pero estaba seguro de que nadie había tocado la fuente destinada a Swarney, que en ningún momento había salido de sus manos.

VI

Después de la función de la noche, Robin se puso a pasear por el terreno del circo, al parecer sin objetivo alguno, pero, en realidad, con un pro-

pósito determinado. Quería hablar con Tita. Sin saber por qué, tenía, desde el principio, la sensación de que Tita era la clave de todo el misterio.

Beebo apenas si se separaba un minuto de su hija, por lo cual hasta entonces le había resultado difícil a Robin hablar con la joven. Pero esa noche la suerte se puso de su lado. Una vez que el campamento, terminadas todas las labores del día, quedó en silencio, Robin, que pasaba frente al camión de Beebo, vio a Tita sentada en la escalera.

—No tiene miedo de estar aquí sola? —preguntó, deteniéndose a su lado.

—No —respondió la joven con acento extraño—. Nadie me hará daño.

—Lo mismo pienso... Dígame, señorita... ¿No querría usted ayudarnos a Swarney y a mí en una cosa?

—¿En qué? —preguntó ella, aparentemente asustada.

—¿Sabe usted quién puede haber tenido motivos para tratar de envenenar a Swarney y, de paso, a mí?

Tita se puso en pie. Robin observó que la pregunta la había turbado. Era evidente que tenía miedo.

—¡Por favor, no me haga esas preguntas!... ¿Por qué me pregunta a mí? ¡Yo no sé nada!...

Inesperadamente, una voz ronca llegó hasta ellos desde el interior del camión.

—¡Ven aquí inmediatamente, Tita! —ordenó—. ¡Ya te he dicho que no debes hablar una palabra!

Tita subió apresuradamente al camión y la puertecilla se cerró. Robin se alejó pensativo al suyo y no salió de él hasta la tarde siguiente. Toda la noche y durante casi toda la mañana estuvo dando vueltas al problema. Ahora tenía ya en su poder todos los hilos necesarios del misterio. Sólo le faltaba ordenarlos. Y, por experiencia, estaba seguro de que una vez hecho eso, las tragedias del circo dejarían de ser un misterio para él.

Como resultado de su trabajo de aquellas horas, tenía escrito lo siguiente:

Hechos conocidos

«1. Roy Swarney: su cachiporra fué la que dió muerte a Beller. Se hallaba al lado de las poleas cuando Reina Ana se precipitó desde el trapecio a tierra. Ama a la viuda de Beller. Y es muy amigo de Tita.

2. Adela Beller: es posible que, en complicidad con Wieggle, hayan dado muerte a Beller. Está constantemente con el domador. Desde la muerte de Beller, la participación que éste tenía en el circo es suya.

3. Capitán Wieggle: estaba cerca de las poleas cuando murió Ana. Naturalmente, tenía amplios motivos para desear la muerte de ésta, pues así puede casarse libremente con Adela. Y al mismo tiempo lograr una participación en el circo.

4. Beebo: pudo haber tenido suficientes motivos para matar a Beller. Su hija Tita sabe algo. Naturalmente, Beebo desearía vengarse de Beller, de quien sospecha que engañó a su hija, pero, ¿por qué tratar de matar a Swarney?

5. Sea quien fuere el asesino de Beller, puede tener un posible motivo para provocar la muerte de Reina Ana: que ésta, al parecer, sabía algo y era necesario silenciarla para siempre.

6. La cuestión más importante es esta: ¿a qué se debe esta tentativa de asesinato contra Swarney?...

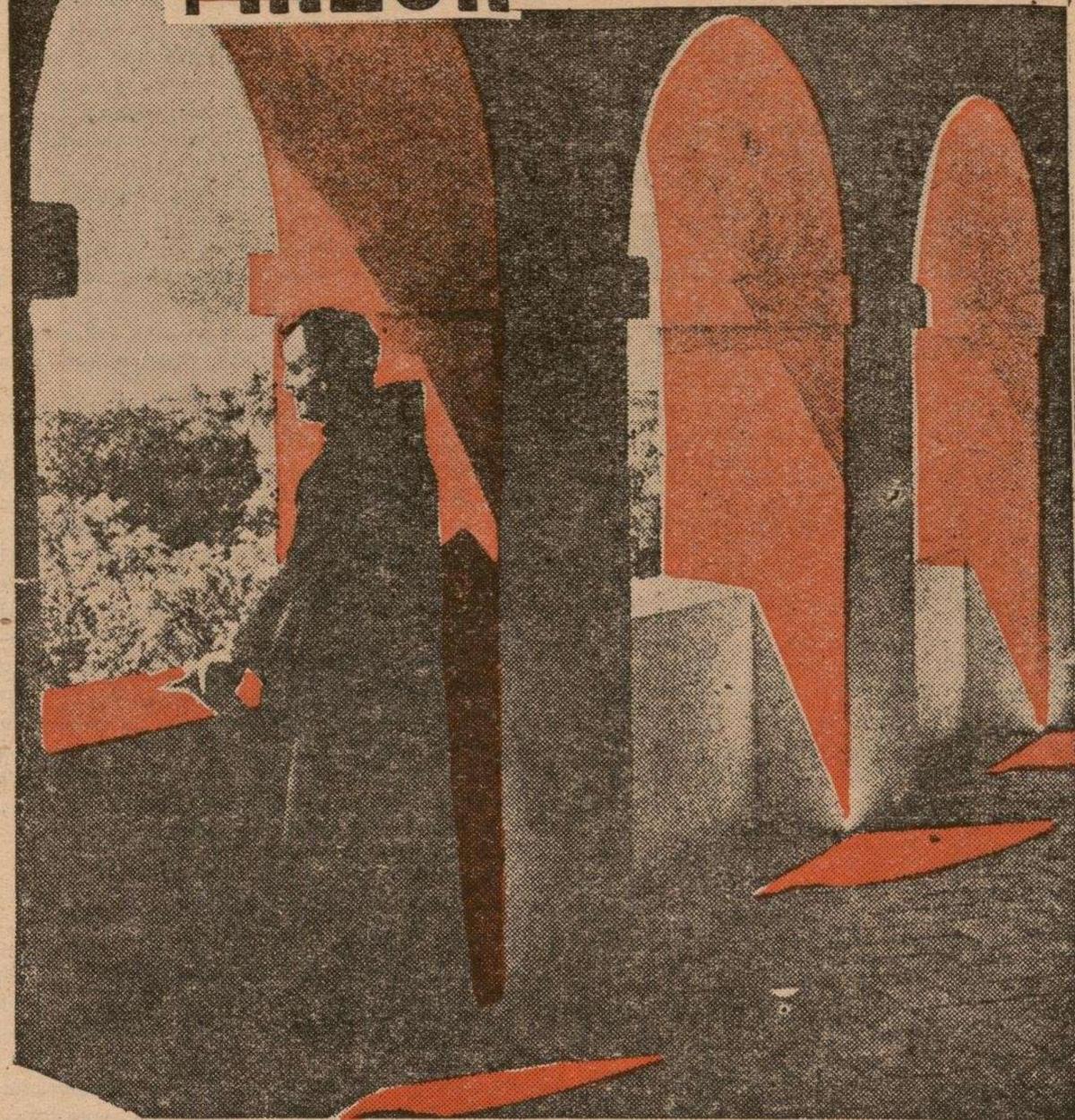
Al llegar a este punto, Robin se detuvo a meditar, pero, de pronto, una luz enceguecedora atravesó su cerebro y todo el misterio se presentó despojado de las nubes que hasta entonces le habían cubierto.

Lanzó un grito de entusiasmo y tomando el lápiz escribió esta otra pregunta:

«7. ¿Quién se beneficia más con todos estos horribles crímenes?»

(Continúa en la página 17)

PINZÓN EL ESPAÑOL QUE DESCUBRIÓ AMÉRICA



Desde este claustro del monasterio de la Rábida se contempla el mar que abrió a Colón y sus compañeros las rutas ignoradas.

UN día del año 1491, a la caída de la tarde, un hombre de aspecto melancólico, con un rostro enérgico, formado por un conjunto de facciones que delataba a un extranjero, se detenía a la puerta del convento franciscano de Santa María de la Rábida. Antes de llamar pareció dominado por un movimiento de vacilación, como si no se decidiera a hacerlo; pero en este momento dirigió la mirada hacia un muchachuelo que le acompañaba, y como si esto le hubiera afirmado en la resolución, golpeó fuertemente en la puerta.

—Quiero un pedazo de pan y un vaso de agua para este niño —dijo al fraile que le había abierto. El extranjero era Cristóbal Colón.

El lego llamó al prior; descendió éste, y apenas cruzó unas palabras con el solicitante comprendió que no se trataba de un sujeto vulgar, sino de un hombre que poseía una cultura superior.

El extranjero se lanzó inmediatamente a referir su historia y su vida. Había nacido en Génova al correr del año 1447. Durante su primera juventud había trabajado como tejedor con su padre, que se dedicaba a esta industria; pero no contento con este quieto género de existencia se lanzó a la vida del mar, entusiasmándose muy pronto con su nuevo oficio. En uno de los viajes que realizó traficando en vinos por los puertos del Mediterráneo y del



María Pinzón, descendiente directa de los Pinzones, es una modesta campesina que vive con sus parientes en la antigua casa solariega.

Atlántico llegó a Portugal, y allí conoció a una joven noble de origen italiano, Felipa Perestrello, con la que contrajo matrimonio.

Por entonces, el médico florentino Pablo Toscanelli, hombre de tanta inteligencia como cultura, envió al rey de Portugal un trabajo aconsejándole que se emprendiera una expedición marítima en dirección Oeste, en la seguridad —afirmaba— de que se llegaría sin contratiempo a las costas de Asia por este nuevo camino. Apoyaba sus asertos en las afirmaciones de numerosos marinos y geógrafos, y sobre todo en los relatos de Nicolás Conti y en los escritos de Marco Polo.

El extranjero que había solicitado para su niño pan y agua en el convento franciscano escribió inmediatamente a Toscanelli ofreciéndose como el hombre adecuado para llevar a cabo la singular empresa. Toscanelli, que no se había visto atendido por el rey de Portugal, le contestó sin pérdida de tiempo enviándole un mapa hecho por él de la ruta que había que recorrer y una copia de la exposi-



La Virgen de la Rábida, imagen que hoy se venera en la iglesia de Palos y ante la cual rezaron los navegantes españoles al partir para la histórica empresa.

ción que había enviado al monarca.

A partir de este momento, Cristóbal Colón procede como un verdadero iluminado, siempre en obediencia hacia su idea, no pensando más que en ella, sacrificándolo todo al logro de su realización.

En el año 1483 propone a su vez al rey Juan II de Portugal la expedición ya aconsejada por Toscanelli. Esta vez el monarca acoge favorablemente la proposición; pero las exigencias de Colón malogran, por el momento, el resultado apetecido. El navegante, que no vivía sino en su idea, se llena de deudas y abandona Portugal por España, llevando consigo a su hijo Diego, de cuatro años de edad. Es en el invierno de 1484 a 1485. Su verdadero propósito es el de trasladarse a Francia; pero la amable acogida de los españoles le hace no salir de la Península. Antes de un año logra ser recibido en Córdoba por los reyes Fernando e Isabel, que escuchan atentamente los proyectos. Las dificultades por que a la sazón atravesaba el país son motivo de que se difiera lo puesta en práctica de la idea de Colón.

Colón decide abandonar definitivamente España; llega con su hijo al puerto de Palos para embarcar en algún buque que los traslade a Francia. El niño se siente cansado, tiene hambre y sed... Está cerca un convento franciscano. Después de

El drama del circo

—La contestación es la misma a todas estas preguntas —dijo, mientras febrilmente reducía a cenizas todo lo que había escrito.

LA SOLUCION

Aquella tarde, se fué a Botsford, cabeza del condado, y allí entrevistó al fiscal Wright. Robin relató a éste todo cuanto había descubierto y el fiscal llamó a su despacho al jefe de policía, que, a su vez, escuchó el relato del periodista.

—Como ustedes comprenderán —dijo Robin—, es imposible probar nada a no ser que consigamos sorprender al criminal con las manos en la masa. Estoy seguro de que el tercer crimen está a punto de producirse. Casi seguro, esta misma noche. Puede usted proporcionarme algunos agentes secretos, señor Wright? Yo los colocaré estratégicamente, sin que nadie se dé cuenta.

Así se dispuso. El sábado, después de la función nocturna, cuatro detectives y el propio fiscal estaban reunidos con Robin en el camión de éste. El periodista dió las instrucciones que creía pertinentes y apenas había terminado, cuando Mc Laughlin, que secretamente se había puesto también a sus órdenes, llegó al camión con una noticia sensacional:

—Wieggle y Adela se fueron inmediatamente después de terminar la función. Una de las artistas está segura, por algunas palabras que alcanzó a oír, de que van a casarse. Tampoco he podido dar con Beebo. Tita está en su camión, tirada sobre la cama, llorando. Intenté hablar con ella, pero lo único que pude sacarle, entre sollozos, fué esto: «¡Es demasiado tarde ya!... ¡Me obligó a que confesase!... ¡Es demasiado tarde!» No pude conseguir que me explicase esas palabras, pero calculo que significan que su padre le obligó a confesar su drama íntimo. También ha desaparecido Swarney. Uno de los peones dice que le oyó hablar con un capataz sobre ciertos cambios que Wieggle le sugirió en las jaulas de los animales y que iba a ver al domador. Todo esto es muy raro. Confieso que no estoy nada tranquilo...

De pronto, Robin se puso en pie de un salto, exclamando:

—Tendremos que apresurarnos, señores, o llegaremos tarde. Tal vez sea ya demasiado tarde... ¡Pronto!... ¡Vamos!...

Pero apenas había llegado a la puerta del camión, se escuchó un espantoso coro de rugidos de los leones y, en seguida, un horripilante grito humano, que se repitió varias veces. Robin salió corriendo a la cabeza del pequeño grupo. Y las primeras personas con quienes se tropezó fueron el capitán Wieggle y Adela.

Poco después, de todos los camiones empezaron a salir los artistas, convergiendo a todo correr hacia las jaulas. Robin y los detectives fueron los primeros en llegar. En la mayor de las jaulas había tres leones que se peleaban encarnizadamente sobre una masa infame tendida en el suelo. Pero ya no se escuchaban aquellos horribles gritos. El cuerpo estaba sin vida.

Encendidas las luces, Robin se aproximó a los barrotes de la jaula y miró. Pero poco después se volvió, horrorizado.

—Ya no hay nada que hacer aquí, señores —dijo dirigiéndose a los policías—; no hay nadie a quien detener. Una justicia más alta que la de los hombres nos ha ahorrado ese trabajo. El asesino cayó en su propia trampa y ha pagado ya todos sus crímenes. Eso es todo lo que queda de Roy Swarney.

Poco después, en su camión, Robin explicaba al fiscal cómo había llegado a la solución del problema.

—Swarney era quien más salía beneficiado con por igual a tres hombres: el florentino Pablo Toscanelli, el genovés Cristóbal Colón y el español Martín Alonso Pinzón. El primero puso a contribución su inteligencia; el segundo, su voluntad; el tercero, su energía y su valor.

una breve vacilación, el navegante genovés se decide a llamar a la puerta:

—Quiero un pedazo de pan y un vaso de agua para este niño...

El prior del convento, interesado por la narración del viajero, manda buscar a un monje poseedor de profundos conocimientos geográficos, llamado Antonio de Marchena. Entre los dos disuaden a Colón de su idea de abandonar el suelo español. Al mismo tiempo llaman para aconsejarse al cosmógrafo García Fernández y al navegante, ya célebre por su inteligencia y su audacia, Martín Alonso Pinzón, y todos reunidos deciden escribir a la reina; los viajeros son hospedados en el convento en tanto llega la respuesta, que satisface plenamente a todos: la reina promete solemnemente que apenas caiga Granada pondrá tres barcos a la disposición de Cristóbal Colón.

El navegante genovés ha conseguido por fin las dos cosas que han de permitir la cristalización de sus propósitos: el apoyo material de los monarcas y el apoyo moral e intelectual de quien injustamente no ha sido situado por los historiadores a la altura debida: Martín Alonso Pinzón.

La familia de Pinzón, que poseía una gran fortuna y mucha influencia, tanto en la región como en la corte, prestó su más decidido apoyo al genovés, hasta el punto de asociarse a su empresa los hijos varones, marinos todos ellos.

Colón se trasladó a Palos para dar comienzo a los preparativos de la expedición; componían ésta tres buques: la Santa María, la Pinta y la Niña. El comandante de la primera fué el mismo Colón; mandaba la Pinta Martín Alonso Pinzón y pilotaba este buque su hermano Francisco Martín; el capitán de la Niña era Vicente Yañez Pinzón.

La idea de encontrar un nuevo mundo no fué original de Cristóbal Colón; ni siquiera lo fué el propósito de alcanzar las costas de Asia siguiendo el camino de Occidente. Todos los marinos de la época creían ver tierras vírgenes, ricas y abundantes en oro, tras de cualquier nubecilla que velase con su gasa de bruma el horizonte. Aparte del proyecto de Toscanelli, a quien corresponde el mérito indudable de haber sido el verdadero autor de la idea de los descubrimientos transoceánicos fueron muchos los pilotos que antes de Colón dieron noticias sobre la existencia de tierras desconocidas en la ruta occidental. No es que al afirmar esto trate de restar méritos al genovés, sino a situar a cada cual en el lugar que le corresponde, porque, como veremos ahora, el verdadero jefe de la expedición constituida por las tres carabelas fué el español Martín Alonso Pinzón.

La expedición zarpó del puerto de Palos el día 3 de agosto de 1492, y bien puede decirse que gracias a Martín Alonso Pinzón logró el genovés hallar tripulantes para las tres carabelas; es muy dudoso que un extranjero hubiera podido lograr reunir la gente necesaria para una empresa, tan temeraria y arriesgada sin el valioso concurso de aquel. Pero Martín Alonso Pinzón, no limitó a esto su parte en la preparación de la empresa, sino que gastó su fortuna en los preparativos; a lograr el éxito de la expedición consagró sus bienes, su inteligencia y su vida. A medida que pasaban las semanas sin hallar tierra, cuando la gente que tripulaba los navíos intentó amotinarse, no fué Colón el que resolvió la situación, sino el español. El genovés, impresionado por la actitud levantisca de los tripulantes de la Santa María, consultó con Pinzón sobre lo que había que hacer y recibió de éste la siguiente respuesta: «Señor: ahorque vuestra merced media docena de ellos o échelos a la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mandatos de tan altos príncipes no había de volver atrás sin buenas nuevas».

Es dudoso que sin la energía del valiente piloto español se hubiera llegado a la fecha gloriosa para España del 12 de octubre de 1492, en que se alcanzaron las nuevas tierras...

El mérito del descubrimiento de América alcanzó

los crímenes. Desde el primer momento debía haberlo visto. Las sospechas acusaban al capitán Wieggle, pero aquello no era sino un plan deliberado: era la única manera en que Swarney podía conseguir que Adela odiara al domador. Swarney estaba enamorado de la viuda de Beller. Primero se deshizo de su socio, y como Reina Ana sabía algo de aquel asesinato, la eliminó a ella después. Naturalmente, el más indicado para provocar la muerte de Ana era el domador, su marido, que así se vería libre de ella para casarse con Adela Beller. Cuando ese segundo crimen no dió los resultados que Swarney esperaba, decidió deshacerse del domador. Intentó hacer las cosas como si en realidad fuera Wieggle el autor, pero la trampa lo atrapó a él mismo. ¿Recuerdan ustedes que Swarney dijo que Wieggle le había sugerido algunos cambios en las jaulas de los animales? Sabía que el domador iba todas las noches a las jaulas para ver si todo estaba en orden. Se le adelantó y abrió las trampas de los leones, esperando la llegada de su rival. Todo lo que tenía que hacer, en cuanto llegase Wieggle, era cerrar la puerta exterior de la jaula y dejar dentro al domador, pero la cerradura, que es automática, se cerró antes de que él pudiese salir, y los leones, al salir de sus cubiles, se encontraron con él, indefenso y a su merced.

«Wieggle se salvó —y esto es lo más extraño— por el hecho que Swarney intentaba, precisamente, evitar, atándolo: su casamiento con Adela. Hace un momento me dijo que, efectivamente, los dos habían ido al pueblo con ese propósito. Si alguna duda tenía yo sobre la culpabilidad de Swarney aquello la disipó. No era posible que Wieggle lo mandara llamar, porque el domador no estaba en el campamento, lo cual nadie podía saber, debido a lo clandestino de su ausencia. También Wieggle me confesó que sospechó de Swarney desde el primer momento.

—¿Y qué fué lo que le proporcionó la pista definitiva sobre la culpabilidad de Swarney? —preguntó Wright.

—Se excedió en su papel, como les pasa a casi todos los que fingen, en su afán de hacer las cosas demasiado bien. El envenamiento del perro fué la pista definitiva. Y, al mismo tiempo, me hizo que le perdiera toda compasión, si alguna me inspiraba. Recordarán ustedes, como ya les dije, que no comió casi nada. Todo estaba preparado para el golpe teatral y no vaciló en utilizar al perro para que revelara el pretendido atentado contra su vida.

«Cuando me puse a meditar en aquello, no me fué posible encontrar a nadie que tuviera motivo alguno para matar a Swarney. En consecuencia, ¿a qué el veneno? Fué entonces cuando todo me pareció claro. Swarney me había mandado buscar, y con ese sólo acto ya desarmaba toda sospecha que sobre él pudiera tener.

«De no haber mediado ese error: tratar de convencerme de lo que yo ya estaba convencido, o sea de su inocencia, es posible que todos estos crímenes hubieran quedado en el misterio para siempre o, lo que es peor, alguien pagara inocentemente por ellos. Swarney era el que más salía ganando con esos crímenes; se llevaba a Adela, se vengaba de Wieggle y se quedaba con el circo, ya que al casarse con la viuda de su socio, todo quedaría a favor del matrimonio.

Robin no mencionó para nada a Beebo, el clown. Tenía sus razones para ello. A la mañana siguiente, antes de regresar a Nueva York, fué al camión del payaso y tomando a éste de un brazo se lo llevó por la carretera hacia los campos abiertos.

—No he dicho nada a nadie, Beebo... ¡Swarney se merecía eso y mucho más! Sé que fué usted quien le cerró la puerta exterior de la jaula, encerrándole en su propia trampa. El fué quien engañó a Tita, ¿verdad? Pero nadie necesita saberlo. Tita lo sentirá un tiempo y después olvidará. No la trate cruelmente, Beebo. Ayúdela a olvidar. Y nunca le diga la verdad... Esa será siempre un secreto entre usted y yo.



Celebrando un sorteo de lotería, en París, en 1834.

Sus orígenes en la época del Renacimiento Italiano.—Breve reseña de su desenvolvimiento en Francia.—Una gran parte de las construcciones de París han sido fabricadas con sus productos. — Un siglo de silencio.—Un millón y medio de billetes y 316.713 premios no hacen demorar el sorteo más de media hora.—¿Suprimirá la guerra los dos sorteos mensuales que ahora se celebran?

NUESTRA lotería vernácula, popular y palpitante, en los últimos años ha sufrido cambios más o menos radicales. Se han realizado innovaciones al objeto de hacerla más sugestiva y asequible al gran público. Ignoro los resultados positivos logrados con estas maniobras, aunque bien quisiera que la Renta de Lotería se sintiese satisfecha de ellos. La ilusión, materializada a veces, de lograr un fuerte ingreso económico por unos cuantos centavos nos tienta a todos y, en el fondo, a ninguno perjudica. No conozco el caso de nadie que se haya arruinado por jugar exclusivamente a la lotería y, en cambio, sé de muchos que se han hecho ricos cuando el premio gordo les llena las faltriqueras de oro.

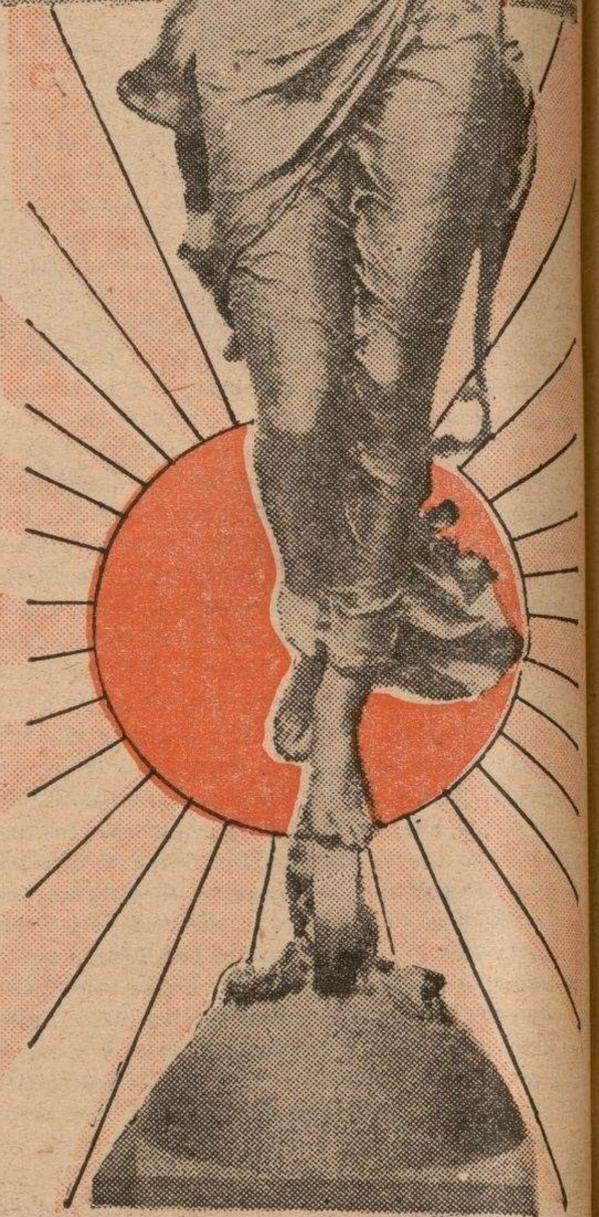
Actualmente en Francia se juega furiosamente a la lotería. En el próximo mes de noviembre hará seis años que la más poderosa hada del mundo, como jovialmente la llamara Honorato de Balzac, vuelve a desgranar periódicamente su cornucopia dorada sobre las cabezas de los franceses. Y digo vuelve, porque la lotería es institución de viejo conocida en Francia. Pasó casi un siglo completo sin que el Gobierno autorizara su restablecimiento. Luis Felipe le dió el golpe de gracia en 1836. Pasaron cien años de tentativas infructuosas para restablecerla. Los hombres de la Tercera República, engolfados en sus principios democráticos y en sus tesis jacobinas no quisie-

ron estimular un vicio del pueblo. La lotería, pues, parecía definitivamente suprimida.

Los orígenes de la lotería en Francia hay que buscarlos por los tiempos del Renacimiento. Sus jubilosos ecos llegaron de Italia, atravesando la Lombardía y extendiéndose por la Provenza. Pero el francés la miraba con ojos esquivos. Exponer unas cuantas monedas, temblorosamente extraídas de su «media de lana», con un resultado aleatorio, no era empresa que sedujera al ahorrativo espíritu galo. Mas el francés, como buen latino al cabo, es temperamental y arriesgado. La lotería, con sus promesas paradisiacas, barrenó la muralla china del «Dios rogando y con el mazo dando». El hedonista «máximo de producto con el mínimo de esfuerzo» fué haciéndose perfectamente comprensible, y las amables promesas de la lotería sedujeron a los hombres de Francia.

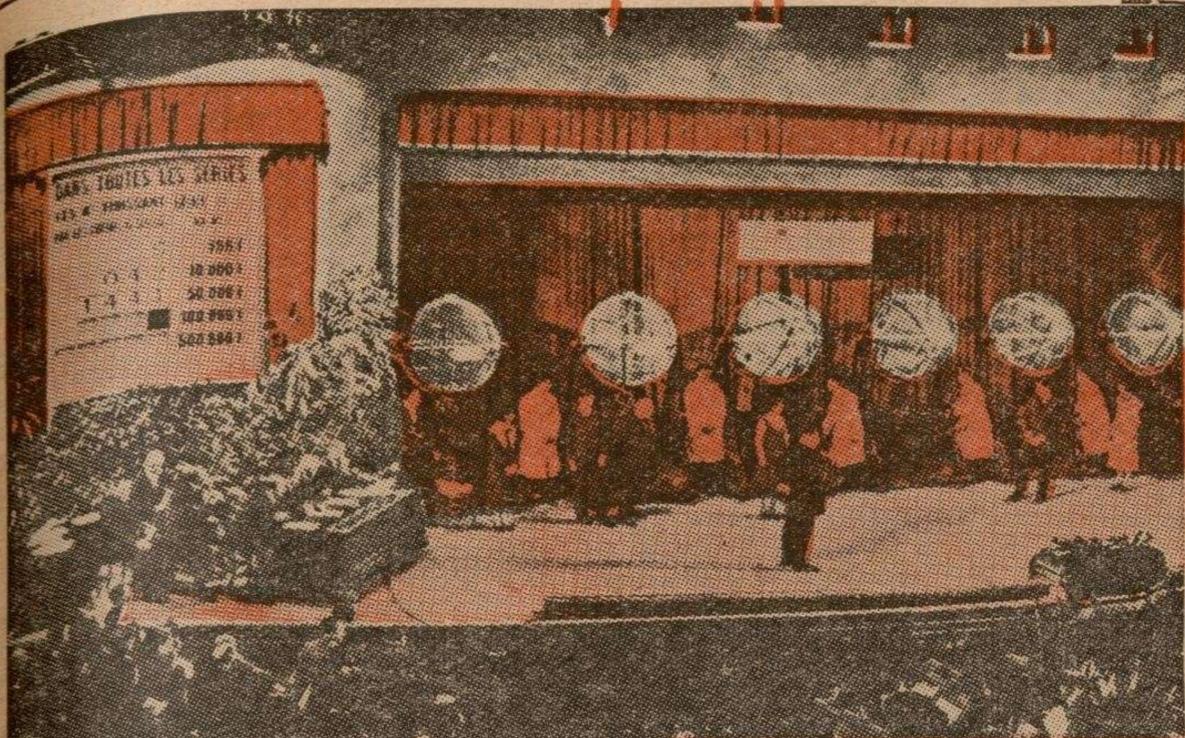
Fuó la célebre Marquesa de Rambouillet la que tomó la iniciativa de hacer surgir la lotería en Francia. Poco esfuerzo le costó limar los reparos que opuso a su proyecto el muy joven Luis XIV. Las coquetas sonrisas de la Marquesa fueron un argumento decisivo para rendir los escrúpulos del por entonces bisoño monarca. Los comienzos de la lotería, más que populares fueron aristocráticos. Sólo la jugaba la Corte y sus productos eran dedicados a fines benéficos.

Poco a poco, con la garantía del apoyo oficial,



«La Fortuna» de Moreau-Vauthier.

fué enraizándose en el pueblo, despertando la fe en el azar. La lotería ha servido en Francia para



En el Palacio del Viejo Trocadero, el público parisien se apasiona viendo funcionar las seis modernas esferas de la loteria, creadoras de tantos millonarios.

obras perdurables. Sus rendimientos se destinaron a crear y sostener muchos hospitales. Los primeros servicios de bomberos que tuvo París fueron costeados con los productos de la loteria. Muchos edificios del siglo XVIII se construyeron gracias a ella. La famosa Plaza de la Concordia, llamada entonces de Luis XV, fué construida con los beneficios recogidos de los sorteos. La reconstrucción de la iglesia de San Sulpicio también se debe a ella, al igual que la construcción de la de Santa Genoveva y la famosa mole del Panteón donde reposan los más grandes hombres de Francia. El proyecto inicial de elevar la iglesia de la Magdalena, también surgió de la loteria; y aunque los créditos fijados no fueron suficientes para terminar la magna obra, una gran parte de la iglesia quedó levantada en espera de que el Segundo Imperio dedicada nuevos fondos a terminarla.

En fin, una buena porción de ese bello París que todos admiramos se debe a la magia de la loteria.

Después del 9 Thermidor, cuando la Revolución comenzó a cosechar los frutos que sembrara, no sin trabajo se logró que se hiciese Nacional la loteria. Había que regularizar esa «debilidad del espíritu humano», como decía Sebastián Mercier. Después, Napoleón, Luis XVIII y Carlos X le brindaron su apoyo afirmando su perdurabilidad. Pero Luis Felipe le puso la proa, hostigó contra ella y logró sumirla en ese olvido del que no ha despertado hasta un siglo después.

Los seis años actuales del resurgimiento de la loteria en Francia han sido de gloria. No sé qué destino le aguarda en la presente guerra. ¿Continuará la gran rifa nacional regando francos entre el fragor de los cañonazos?

La actual loteria consta de veinte y cuatro sorteos anuales. Sus premios, como veremos por la lista que copio a continuación, no sólo son verdaderamente «gordos», sino que su número es extraordinario. El billete cuesta cien francos, es decir, unos dos pesos y medio al cambio actual. Pero comprar un «entero» es desembolso que no puede permitirse todo el mundo, y por ello los billetes se subdividen en cuartos, décimos y vigésimos que son vendidos por instituciones de verdadera solvencia moral y económica, tales como los Bancos y otras organizaciones semejantes. Así, pues, todo el mundo en Francia participa en cada «tiraje». Los premios se reparten en la siguiente forma:

- 1 premio de 5.000.000 francos
- 3 premios de 1.000.000 francos



Una participación de la loteria francesa, que tiene un costo de 100 francos

- 4 premios de 500.000 francos
- 10 premios de 200.000 francos
- 15 premios de 100.000 francos
- 30 premios de 50.000 francos
- 159 premios de 20.000 francos
- 1.500 premios de 5.000 francos
- 15.000 premios de 1.000 francos
- 150.000 premios de 220 francos
- 150.000 premios de 110 francos

El número de billetes emitidos en cada sorteo es de 1.500.000 mientras que son 316.713 los que alcanzan premio. O sea, que por cada cinco billetes, más de uno obtiene premio. No hay duda que tal loteria tiene que ejercer una atracción enorme entre el gran público.

Los sorteos, además, se verifican en forma rápida y elegante con la ayuda de seis colosales esferas, que giran en sentido inverso sobre un eje eléctrico horizontal y común. De las seis esferas las cinco de la derecha contienen cada una diez bolas numeradas con las cifras 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 0. Estas esferas corresponden, de derecha a izquierda, a las unidades, decenas, centenas, unidad de millar y decena de millar de los números agraciados. En la sexta esfera de la izquierda se depositan quince bolas numeradas del 0 al 14 inclusive, y corresponden a la centena de millar de los números triunfadores.

La formación de éstos se verifica de la siguiente manera:

- 1.—Se extrae una bola de la primera esfera, o sea la correspondiente a las unidades: los 150 mil billetes que terminen por esta cifra ganan 110 francos.
- 2.—La bola vuelve a introducirse en la esfera de donde se extrae una nueva cifra. Los 150.000 billetes que por ella terminan ganan el premio de 220 francos.

- 3.—Vuelve a introducirse la bola en la primera esfera, y se vuelve a sacar una bola de esta esfera de las unidades y otra bola de la esfera inmediata, correspondiente a la decena. Los 15.000 billetes que terminan por estos dos números obtienen un premio de mil francos.

- 4.—Nuevamente se extraen bolas de las tres primeras esferas, y los billetes que terminen por el número así formado reciben un lote de 5.000 francos.

- 5.—Después entran en juego cuatro esferas. Los billetes que terminen por el nuevo número de cuatro cifras, ganan 20.000 francos.

- 6.—Nueva operación con cinco esferas. Los 15 billetes que terminan por el nuevo número formado ganan 50.000 francos.

- 7.—Otras cinco bolas se extraen para formar los terminales de los 15 billetes que ganan cien mil francos cada uno.

- 8.—En diez ocasiones distintas las seis esferas entrarán en movimiento para formar los números ganadores de los diez lotes de 200.000 francos.

- 9.—Para los premios de medio millón de francos se volverán a formar, con la cooperación de las seis esferas, cuatro nuevos números

- 10.—Otros tres números de seis cifras se formarán para determinar los tres premios de un millón de francos.

- 11.—Y, finalmente, en medio de una gran expectación las seis esferas giran por turno para ir trenzando la cifra que ha de dar al dueño del billete que lleva su número la hermosa suma de CINCO MILLONES DE FRANCO.

¿No es cierto que es muy sugestivo este sistema de loteria? Para el jugador empedernido que asiste al sorteo es de gran emoción ir «pintando», a medida que las bolas brotan de las esferas, el número de sus ilusiones.

La mayoría de los sorteos se verifican en París, aunque en algunas ocasiones, para que los habitantes del campo no se encuentren en plano de inferioridad, los sacerdotes oficiales que ofician ante el altar formado por las resplandecientes esferas, emigran con ellas a otras ciudades de Francia a brindar el espectáculo de ir hilvanando a los nuevos millonarios.

Los niños de los Asilos próximos al lugar en que se lleva a cabo el sorteo, son generalmente escogidos para que manipulen, con sus inocentes manos pequeñas, las decisivas operaciones de introducir y sacar las bolas de las esferas eléctricas.

Cada quince días hay nuevos millonarios en Francia. El triunfo de la loteria está acreditado con plenitud. Quizá con la guerra de ahora la supriman temporalmente. Pero aun en el caso de que esta figura de escotillón se realice, seguro estoy que cuando la paz vuelva a reinar en la vieja Francia, los hijos de las Galias habrán de reclamar otra vez la implantación de las seis esferas, sibilinas y generosas, que tanta fortuna riegan en los hogares de la tradicional Lutecia del siglo XX.

Septiembre, 1939.

CUANDO SE ESPERA DEMASIADO DEL MATRIMONIO

POR KATHLEEN NORRIS

UN efecto del cine, el radio y las novelas modernas ha sido el de dar a nuestras muchachas una idea enteramente errónea del matrimonio. En vez de fijarse en lo que son los casados por entero, en vez de darse cuenta de que aun en el mejor de los matrimonios hay fallas y momentos de desilusión, nuestras jóvenes piensan en Charles Boyer y Clark Gable tal como los han visto en la pantalla y cuando sus sencillos maridos se apartan de esos modelos sufren un amargo desengaño

Quando Mr. Clark o Monsieur Boyer actúan en la pantalla, esa escena de amor ha sido escrita por un bien pagado dramaturgo que ha estrujado su cerebro, y el de algunos ayudantes, para producir frases, episodios y suspiros que tengan el mayor efecto posible en el público. Con frecuencia esa escena se reescribe cien veces y se fotografía otras tantas antes de que el Director se dé por satisfecho. Durante la filmación el Director y sus ayudantes colaboran con Boyer y Gable para acentuar rasgos de efecto. Aun así, la cinta no está completa y se la rehace cien veces. Las escenas de amor son las que más trabajo imponen y las que necesitan ensayos y más ensayos. Si nuestras niñas presenciaran estos episodios de la confección de una película, sentirían compasión por ese galán pintarrajeado que tiene que tener la paciencia de pasar por interminables repeticiones bajo la crítica del Director.

Con frecuencia molesta a las mujeres la comparación de esas escenas con las suyas propias, con las atenciones y cariños como los prodigan sus novios o maridos. He recibido una carta de una de estas desengañadas. Tiene 28 años, ama la poesía, no gusta mucho de fiestas ni compañía, pero está en serias dificultades para analizar sus emociones frente a la vida matrimonial. «No tenía ninguna seguridad, escribe, acerca de los sentimientos de Jorge cuando me casé con él tres años atrás.

»Posiblemente contribuyó a esta situación el hecho de que Jorge me hiriera cuando rechazó la oferta de un amigo para que fuéramos a pasar la luna de miel en su magnífico apartamento de la capital bien dotado de servidumbre. Fuimos en cambio a una gira en automóvil de la cual tuvimos que regresar súbitamente por enfermedad de su padre. Jorge es un hombre ecuánime y de buen carácter inclinado a reírse de todas las preocupaciones. En esa ocasión me dijo bromeando que pondríamos término a nuestro viaje de bodas al año siguiente. Al año siguiente faltaba poco para el nacimiento de Inés cuando llegaron las vacaciones, así es que nuestro viaje de bodas está todavía incompleto. De la misma manera cada vez que yo he insistido en algún punto de romance o belleza en nuestra vida, él se ha mostrado frío o burlón. No se si deba dejar las cosas así. Tengo que agregar que Jorge es un hombre afectuoso que me ama de veras y me respeta, pero me pregunto si será mi destino pasar el resto de mi vida ambicionando esos delicados matices en nuestras relaciones y envidiando a las mujeres que tienen maridos que siguen siendo amantes, tiernos, apreciativos y celosos».

Estas exclamaciones patéticas no constituyen toda la carta de Emilia. Hay otras confidencias que me indican que el pobre Jorge, hombre sano y efectivo, que ama a su mujer y a su hija, a su

casa, su comida, sus libros, su chimenea, su radio su caña de pescar, su club, su trabajo y su golf, es víctima de la continua molestia de una mujer neurótica y egoísta que está tratando de hacer que su hogar se parezca a los que ha visto en los matrimonios fabriles de la pantalla. Con todo el amor que le tenía no le ha perdonado jamás que no aceptara aquel apartamento donde habrían pasado la luna de miel, en lujo, con automóviles y sirvientes, comiendo de gala. Le habría gustado

que el inexperto Jorge fuera un maestro en las artes del amor y de la sociedad, a la vez tierno y sencillo, serio y entretenido. Tiene aún sobre sus nervios ese viaje en automóvil alojándose en una fonda cualquiera del camino. Le parece un ultraje que haya tenido que deshacer el a maleta y haber oído a Jorge que ordenaba «biftec» para la comida y que luego la invitaba a dar un prosaico paseo a pie. Nada de los refinados detalles que ella había visto en el cine.

A veces pienso que acaso a Emilia le hubiera gustado más que el pobre Jorge lo hubiera escrutado todo antes como en las películas, lo hubiera aprendido de memoria y ensayado cien veces, repitiendo lo que iba a decir a ella, a los amigos y a los vientes en cada ocasión.

En este terreno la mujer más feliz es la que se toma demasiado en serio. No se preocupa de analizar sus sentimientos, ni los de otras mujeres ni lo que la actriz de la pantalla sentiría cuando el galán perfecto le hacía el amor. Hay que tomar la vida con la sencillez en todos sus aspectos.



Dentol

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfecte la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca faltar un tubo de pasta DENTOL.

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

PASTA DENTOL
ANTISEPTICOS COMPUESTOS
preparada segun las formulas del doctor PASTEUR
Casa L. FRERE - 19, Rue Jacob, PARIS
Indispensable para la Higiene de la Boca
Fabricado en Habana: Caba Apartado 2143
J. P. FILS & C^{IA} S^{CA}
10, Corso L. FRERE

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

FAUSTINO DIEZ GAVIÑO (I)

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS
Faustino
 Diez GAVIÑO



Por Federico Villock

Los «plumíferos» de aquel período que demarcan los años de 1887 a 1895, 96, etc., recordaremos siempre con honda simpatía a aquel eúskaro de recio y amplio busto, tez rojiza, barba negra terminada en punta, de eterno buen humor, amigo de todo el mundo, que gozaba fama de poeta fácil y sentido y que se llamaba Faustino Diez Gaviño. Sobre todo, los asistentes diarios al teatro Albisu, a su café adjunto y a las corridas de toros que se daban en la Plaza de Regla y en la de la Calzada de la Infanta. Más de una vez ha surgido su nombre en los recuerdos del postalista, con motivo de los trágicos sucesos que se desarrollaban en las provincias vascongadas, durante la reciente guerra civil española; y más también de una vez hemos evocado su Virgen de Begonia, de la que el poeta, ferviente cristiano, era devoto.

Constituían un grupo inseparable Robillot, el popular director y actor cómico de la compañía de Albisu; Inclán, el dueño de la sastrería «La Isla de Yap», de la calle de San Rafael; Paco Cuestas, del almacén de ropa hecha «El Bazar Inglés»; Paco de Oro, repórter y cronista taurómico del periódico «La Unión Constitucional»; y Gaviño: algunas veces se les agregaba Ernesto, hermano de Faustino, antítesis en todo, del poeta. Gaviño era sobrino carnal, y muy querido, del prócer de la colonia el acaudalado comerciante y agente general aquí en la Habana de la Transatlántica Española, don Manuel Calvo, hermano de Doña Rosario, la madre del poeta, que residía en la villa de Portugalete, próxima a Bilbao.

No vayas madre a mirar
 cuando triste el sol desmaya
 barco que llega a la playa...

Jamás hizo el inspirado poeta y correcto escritor eúskaro alardes de intransigencia política. Pensaba seguramente que así como ellos los vascos defendían y amaban sus fueros, tenían el mismo derecho los criollos de amar y defender sus libertades. Era amigo y compañero de giras y francachelas de los muchachos de la Acera; sobre todo, de su fraternal casi comprovinciano Saturnino Lastra, que pocos días después de la muerte de Faustino, ocurrida de repente en una casa de huéspedes de la calle del Obispo, el 11 de febrero de 1895, marchó a la manigua, llamado por el Grito de Baire, dado el 24 del propio mes y año. Casi todas las composiciones poéticas de Gaviño están dedicadas a alguna importante personalidad cubana; a Montoro, a Enrique José Varona, a Miguel Figueroa, a Pichardo, a Carlos Noreña, etc., y entre sus trabajos escogidos figuran sus preciosos versos libres dedicados «A la Mujer Cubana».

Dirigía Gaviño la revista vasca «Laurac-Bat»; y en el célebre semanario de don Juan Martínez Villergas titulado «Don Circunstancias», llenaba una sección de actualidad con la firma de El A A—el autor anónimo—en la que con soltura y chispa poco comunes hacía el—hoy se llama réclame—juicio de los espectáculos del día. Sus calurosas gacetillas sobre la bella actriz de aquellos tiempos, Fernanda Rusquella, contribuyeron en buena parte al nombre y fama de la artista. En cierta ocasión, y con motivo de una velada que daba la citada artista su beneficio en el teatro Albisu, el poeta criollo Manuel Serafín Pichardo le escribió para que la cantara en unos couplets, una cuarteta que el monstruo de las cien cabezas—y ninguna al cabo—interpretó equivocadamente, siendo causa de que le diera a la artista un «meneo» como no lo había tenido aquella jamás en su larga vida de teatro. Gaviño, al día siguiente, le escribió en el propio couplet, otra cuarteta, diciendo que en su corazón tenía:

En una mitad a España,
 y en otra mitad a Cuba.

con lo que el monstruo desarrugó el ceño y le tributó a la triple una ovación formidable, sacando ella entonces a escena a Pichardo y a Gaviño, que fueron ovacionados igualmente.

Durante largo tiempo fué Gaviño gacetillero del periódico de gran circulación «La Unión Constitu-

cional», derrochando en aquella parte del periódico un rico caudal de donosas ocurrencias. La gacetilla era entonces una de las más leídas secciones de la prensa; y en el desempeño de ella se ocuparon acreditadas plumas como las de Casimiro del Monte, a quien siguió su sobrino Antonio; Fernando Costa; Ormaechea; Salvador y Jacobo Domínguez; López Briñas; Gaviño; y el más modesto de todos, un servidor de ustedes. Los reyes magos, en forma de agradecidos y acaudalados comerciantes, llenaban de numerosos y espléndidos regalos, en Pascuas y Noche Buena, la despensa de aquellos gacetilleros; y no es exagerado asegurar que tenían con ellos suministro para todo el resto del año. La gacetilla era una institución. Entonces no había en un periódico más que dos personas de importancia: el director y el gacetillero.

Con el recuerdo de Gaviño viene a la memoria del postalista el de muchas de sus bellas composiciones poéticas; y, sobre todo, el de aquella que titulara «Herencia», y dedicó a su hermano y colega en inspiración Manuel S. Pichardo. Es primordial objeto de estas postales evocar lo bueno y grato de los tiempos idos—que no creemos mejores, desde luego, que los presentes—y los versos de aquel poeta de verdad, sin trucos ni engaños merecen esa distinción. Dicción clara y limpia, novedad y trascendencia en el fondo, y elegancia en la forma, eran las virtudes que avaloraban las producciones poéticas de Gaviño. Dicen así los versos a que nos referimos:

HERENCIA

Dicen, y con razón, sabios autores,
 que ninguno da más de lo que tiene;
 cada cual muestra bien de donde viene:
 de sapos, sapos; y de flores, flores.
 El hijo es siempre lo que el padre ha sido,
 que al darle vida, en él se ha dilatado...
 ni adelante, ni atrás; el engendrado
 es el engendrador reproducido.

Hay excepciones, meras excepciones,
 por el ambiente, la ocasión o el sino;
 no siempre mata el que nació asesino,
 ni roba el descendiente de ladrones.

Mas, del vil, viene el vil; del bravo, el bravo.
 Y por tan dura ley, a que obedece,
 del látigo al chasquido se estremece
 el nieto libre del abuelo esclavo.

Otra de las producciones poéticas más popularizadas, y que más gustaron, de Gaviño, fué la que escribió con el título de «El Correo»—carta íntima. Entonces el vapor correo que procedente de España llegaba a la Habana cada diez o quince días tenía una importancia excepcional. Hoy llegan todos los días por el mar y el aire vapores y aviones de todas partes; pero entonces la llegada del vapor correo de la Península era el acontecimiento del día. En él venían los Indices del Ministerio de Ultramar, quitando y poniendo empleados de la administración colonial; trayendo remesas de periódicos, revistas y libros, que esperaban con febril curiosidad los intelectuales; y sobre todo: aquella correspondencia familiar que el amigrado aguardaba con todas las ansias de su corazón para saber de la madre, de la esposa, de la novia, del terruño, en fin; e inspirándose en ello escribió Gaviño su carta íntima titulada «El Correo», de la que no podemos resistir a la tentación de reproducir algunas estrofas como éstas:

¡Llegó el correo! ¡Bendito día!
 ¡Con qué impaciencia yo lo esperaba!
 ¡Cuánto tardaba, querida mía!
 ¡Cuánto tardaba!

En los antojos de mis deseos,
 un año, un siglo, fué cada instante,
 hasta que vino por el correo,
 tu carta amante.

¡Y no te rías! Guardo los sellos,
 y el sobre guardo con ansia loca;
 porque, sin duda, se hallaron ellos
 junto a tu boca.

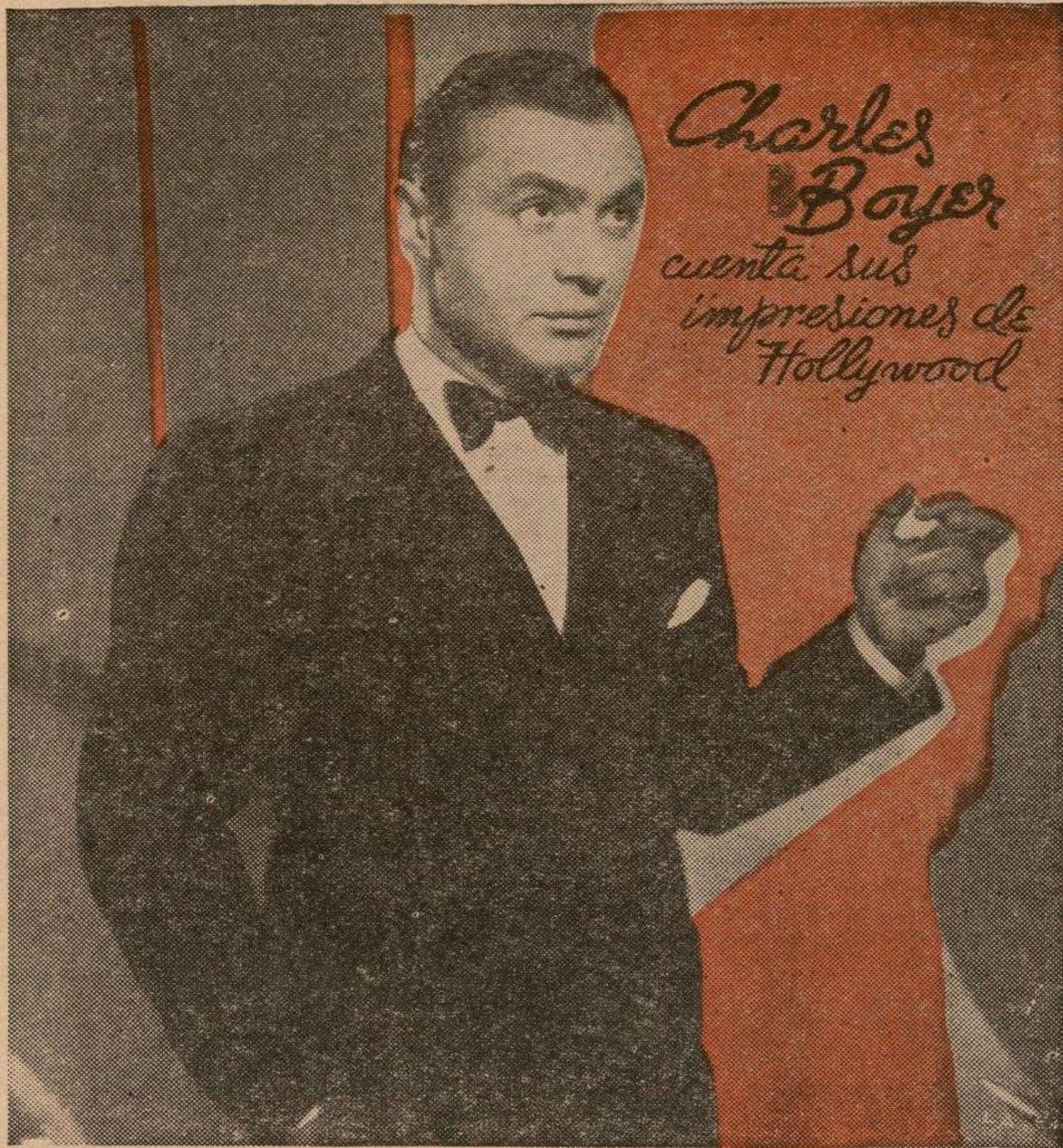
¡Dulces mensajes! ¡Cartas benditas!
 Cuando las leo tu voz escucho;
 yo sólo ansio que me repitas:
 «¡te quiero mucho!».

Con estas líneas mi alma recibe.
 Y ¡por el cielo, cumple mi encargo!
 ¡Quiéreme mucho, mi bien, escribe,
 largo, muy largo.

Apenas vió la luz pública en el semanario «Laurac-Bat», que dirigía Gaviño, esta bellísima composición, se hizo tan popular, que la reprodujeron todos los periódicos, y se recitaba en reuniones y veladas de los círculos e instituciones literarias de mayor importancia. Había entonces una joven poetisa, hija de la ilustre escritora doña Martina Pierra y del conocido educador y jurisconsulto doctor José de Poo, que se llamaba Juanita de Poo, y era una de las más entusiastas admiradoras de Gaviño resultando un encanto oírle recitar los versos «El Correo» del genial poeta eúskaro.

El arte de la recitación que hoy, como si dijéramos, se ha puesto al alcance de «todas las fortunas», constituía en aquellos tiempos un don especial del que sólo disfrutaban algunos, muy pocos, iniciados, que casi podían contarse con los dedos de una sola mano. Basábase, no obstante en él, el encanto y la más fina distracción de las

(Continúa en la página 23)



LOS PRODUCTORES LE HAN PREGUNTADO AL PUBLICO: "¿VERIAN USTEDES CON GUSTO A CHARLES BOYER CON DEANNA DURBIN?"... Y EL PUBLICO HA RESPONDIDO: "SI, PERO CON TAL QUE NO SE CASE CON ELLA". — EL GRAN ACTOR REVELA COMO SON EN LA REALIDAD CLARK GABLE, GARY COOPER, GEORGE RAFT Y GRE-TA GARBO.

Declaraciones escritas por el propio CHARLES BOYER

NO había venido a París desde hace diez y ocho meses. París se ha ofrecido, a mí con su color gris habitual cargado de pesadas nubes, pero el mozo que llevaba mi equipaje, pero el chauffeur del taxi, pero el transeunte cuya curiosidad me dispensaba una condescendencia divertida, eran de mi tierra, eran de mi sangre. Se me permitirá no extenderme sobre la emoción que he experimentado.

¿Cómo hablar todavía de Hollywood cuando tres o cuatro repórters desembarcan cada semana y se entregan inmediatamente a brillantes improvisaciones?

HOLLYWOOD NO RECONOCE OTRO DUEÑO QUE EL PUBLICO

Productores omnipotentes, directores de escena, tiránicos; «vedettes» que hacen temblar a todo el mundo bajo la ley de sus caprichos... ¡Cuántas

fábulas acerca de todo esto! Hollywood entero, desde el más humilde figurante, al presidente de la sociedad más poderosa, está sometido a la voluntad del público y sólo a ella. Partiendo de los despachos de Hollywood se extiende una vasta red de informaciones por América entera. Las menores reacciones se marcan en el diagrama. Tal actor o tal actriz acusan una baja cualquiera en cualquier lugar de los Estados, según la temperatura que fijó el calor o la indiferencia de los espectadores. Pues están irremisiblemente condenados. ¿Crueldad? No, absoluta necesidad. El cine americano es una industria que, como toda industria, no puede tolerar ningún vicio de fabricación.

EN LOS PEQUEÑOS CINES DE BARRIO SE CONQUISTA LA FAMA

Ningún film se presenta al público sin que antes haya pasado la prueba de exhibirse en una sala de cualquier barrio de Hollywood, o de fuera. Los espectadores no han sido prevenidos de antemano. Un sencillo anuncio se lo dice en el momento rogándole que acepten ver un «film» completamente inédito cuya realización tal vez ha costado millones.

Así como ocurre en ocasiones que un público señale a un actor que desempeña un papel secundario, e incluso a un figurante. Cuando la mayoría de los espectadores se pronuncian por él considerándole digno de mejor empleo, suele decirse en la jerga cinematográfica que «ha robado el film».

De esta manera Clark Gable, oscuro figurante en la Metro señalado por un público de prueba en «Fools in dance» salió de un día para otro a la celebridad que tiene.

LO DIFICIL EN HOLLYWOOD ES QUEDARSE

No hay que extrañarse de que Hollywood haga tal consumición de talentos. Condenado a renovarse, envía a todas las partes del mundo emisarios

para reclutarlos. A veces he leído artículos sobre Hollywood diciendo que se atraía allí a los artistas para «quemarlos» y suprimir así la competencia. Creedme: esas aserciones son falsas. A los que llama Hollywood les suministra con toda lealtad los medios de triunfar. Necesita actores y más actores. Aceptado y aplaudido, el recién llegado no está aun fuera de peligro, si, por desgracia se hace impopular en el estudio.

También importa que dispenséis buena acogida a la prensa, sencillamente porque es costumbre del país: ¿No hace vuestra publicidad y vuestra reputación? ¿Comprendería que la diéseis de lado?

GRETA GARBO LA GRAN MARAVILLA DEL CINE

Sólo a Greta Garbo ha perdonado la prensa el negarse a toda publicidad. Pero Greta Garbo una vez por todas es un ser aparte que escapa a toda regla común. Los periodistas se convencieron pronto que en su actitud no había la menor sombra de enfatuamiento. Si se la detiene en la calle, si se la pide un autógrafo, puede decirse que pierde todo su dominio, y que sufre en el verdadero sentido de la palabra. Si los agentes de publicidad han explotado esta repugnancia hablando de ella es que no tenían otro recurso.

Representar con Greta Garbo ha sido para mí un placer y una enseñanza. Cuando estaba sola la he observado ávidamente. Se siente verdaderamente «poseída».

Cuando Greta Garbo no se encuentra en ese estado, es mejor aplazar para el día siguiente la toma de imágenes, ya que no posee nada de eso que se llama «oficio» para suplir su fallo.

LA ESCUELA EN LA ESCENA

En contacto con casi todos los actores, o estrellas de renombre, no he sentido la misma simpatía por todos, pero no ha habido ninguno al que me haya acercado que no se haya manifestado como un camarada excelente. No hay muchacho más sencillo, ni más simpático, por ejemplo, que Gary Cooper, que halla su mayor placer en pescar con caña. A George Raft, mi compañero de viaje en el «Normandie», he hallado un tacto y una amabilidad en contradicción completa con su personaje de la pantalla. Raft debutó en la vida como bailarín de un club de noche.

Los niños del cine son en Hollywood la alegría y la sonrisa de los estudios. Pero como la ley exige que consagren por lo menos cuatro horas al día a los estudios generales, sus maestros de escuela están presentes en la escena. ¡Singulares lecciones dadas a trozos de cinco y quince minutos entre dos tomas de imágenes!

VOY A REPRESENTAR CON DEANNE DURBIN

Acabo de hacer—tal vez el lector lo sabe—un nuevo film con Irene Dunne que es tan exquisita en la vida como en la pantalla: fina, culta, diversa. Cuando haya hecho en Francia «El Corsario» del excelente Marcel Achard, el trabajo me volverá a l'amar a Hollywood. ¿Os apuesto a que os figuráis mi nueva compañera? Deanne Durbin, una niña que no representa los diez y ocho años que tiene, y que el año pasado todavía formaba parte de esos chicos de las lecciones intermitentes al sesgo de las escenas. Antes de decidir tal emparejamiento los productores fieles a su método, han obtenido un referendun: «¿Vería usted con gusto a Charles Boyer emparejado, en un film, con Deanna Durbin?» La mayoría del público no ha encontrado inconveniente, pero su respuesta tenía una restricción que me ha dejado pensativo: «Sí: a condición de que no se case con ella».

Empezaremos en enero. Y yo antes estaré en pleno trabajo puesto que he añadido la radio a mis ocupaciones del cine. Una vez a la semana hago una representación de una media hora ante el micrófono. No estoy tan seguro de mi inglés para no tener que someterme a ensayos serios. También ahí por encuestas e informaciones, los directores saben el número de público, que a tal de sus conferenciantes, o de sus actores, retiene el cine. Parece que mi público, de ocho millones al principio, alcanza los veintiseis millones. Confieso que no estoy poco orgulloso de ello.

VIEJAS POSTALES

reuniones familiares y de las veladas literarias. De aquellos recitadores, figuraban en primera línea, el culto literato Aniceto Valdivia, el príncipe de la clase, al que daba gusto oírle recitar «La Palma», del escritor portorriqueño Zeno Gandia; y es- «El Vértigo» y otras composiciones de Núñez de Arce, a quien el poeta villareño rendía pleito homenaje; a Lola Rodríguez de Tió y a su culta hija Patria, que recitaban de modo magistral «El Tren Expreso», las más popularizadas doloras de Campoamor y el canto al «Niágara», de Heredia; Casals, que alternaba con sus versos, los de Verlaine, Mallarmé y otros decadentes, y el «Vaso roto», de Proudhon, en la perfecta traducción de José Antonio Cortina:

El vaso donde yace esa verbena
de un golpe de abanico fué rajado;
más golpe que por blando no resuena,
apenas dejó el vaso lastimado...

y todo ello sin ese tono quejumbroso y plañidero que se puso de moda más tarde, sino con el robusto, o viril, o tierno, o de elevación patriótica que las composiciones exigían. Más tarde Rubén Darío y Santos Chocano ofrecieron en el Ateneo recitaciones de su «Marcha Triunfal», el primero, el segundo de «Los caballos de los conquistadores»; y el du'ce poeta venezolano Florez encantaba en las visitas recitando sus madrigales y sentidas rimas. Calvo, el brillante primer-actor español amenizó una de sus temporadas en el Teatro Nacional con recitaciones, en los entreactos, de fragmentos escogidos de las obras de Marquina, Villalbesa y otros autores; y por último, se inició ya definitivamente como «espectáculo público», la recitación profesional, con el debut en los teatros habaneros de González Marín y de la incomparable Berta Singerman. Repasando los títulos de las composiciones poéticas que citamos, y de otras como «La carta», de Peza, y los nocturnos de Acuña y Silva, puede formarse una idea del fondo espiritual de aquella Habana ochocentista...

Gaviño trae a la mente el recuerdo de una Habana plácida y alegre; ignorante y feliz; de temporadas de ópera y compañías dramáticas en el viejo Tacón; de alegres charlas en el café de Albisu y en el restaurant El Casino; de bailes de Irijoa; de paseos por la Acera del Louvre; de excursiones nocturnas a la Chorrera; de corridas de toros en las plazas de Infanta y Regia; de cenas bohemias en la bodega de Alonso; de «asaltos» y «noviazgos», de la muchacha en los barrios de Colón, Monserrate, etc.; de bulliciosas redacciones de periódicos sin maquinitas; pero con muchas «plumas»: raro era no encontrar a Gaviño en algunos de estos sitios con su enorme numeante Partagás entre los dedos, y presto a leerle a algún amigo el último de sus sonetos que había escrito aquella mañana, el «Jay Alay»; «A una criolla»; «A mi madre»; o aquel que se hizo célebre y popular, y que le inspiró «El sitio de la Aduana por el Capitán General Excelentísimo Señor Sabas Marín y González», título de película de una película vivida en aquellos tiempos de «chocolates» y «filtraciones». Y vamos con el argumento de la película.

Nuestra Aduana de la Habana tiene ciertos resabios, de los que al parecer viene padeciendo, desde que en tiempos de Don Diego Velázquez empezó a funcionar la primera, siglos ha. Mas que departamento recaudador del Fisco, diríase una enorme cocina en la que desde antiguo viénense condimentando succulentas cacerolas de chivo asado. En tiempos de la Colonia, y durante el mando del Capitán General de la Isla, Excmo. Sr. Sabas Marín y González, de 1886 a 1889, se denunció un cargamento de seda y otras mercancías, que osaba «pasar la reja» sin abonar los correspondientes derechos aduanales. «La Lucha», «La División», «El Pueblo», de Réyneri, y demás periódicos opositoristas, pusieron el grito en el cie-



lo; y Faustino Diez Gaviño, haciendo uso de su penca satírica, escribió el siguiente oportunísimo soneto que alcanzó, como es de suponerse, la popularidad más completa. Helo aquí:

¿SERÁN LOS AVIONES...

bían hecho blanco 12 veces y los ingleses cuatro. A los 17 minutos había sido hundido el crucero de batalla inglés «Infatigable», de 21.000 toneladas.

Con la llegada de los acorazados de Evans-Thomas, se inició un combate entre los destroyers ingleses y alemanes. Dos alemanes y cuatro ingleses se fueron a pique en esta escaramuza. Cuarentidós minutos habían transcurrido desde que empezó la batalla cuando hizo explosión el «Queen Mary».

Ignorando que la gran armada británica venía en dirección opuesta, los alemanes persiguieron a Beatty hacia el norte con la fuerza principal de Scheer. Mientras tanto la flota de Hipper se había enfrentado a la de los cruceros de combate del contralmirante H. L. A. Hood, a quien Jellicoe había ordenado acudiera en auxilio de Beatty. Al encontrarse esta sorpresa, Hipper sospechó que iba a caer en una trampa de acorazados y se volvió. Jellicoe dió la orden de avance en formación de seis columnas de a cuatro acorazados. Bajo el fuego enemigo, los cruceros de Beatty se situaron en posición y antes de estar listo el despliegue ya se había iniciado la batalla en grande escala.

LA SEGUNDA RETIRADA DE SCHEER

Pasadas las seis de la tarde, las dos armadas estaban frente a frente, aunque la oscuridad, el humo y la falta de informes adecuados no permitían a Jellicoe ni a Scheer saber a ciencia cierta lo que estaba sucediendo. Jellicoe desconocía los efectivos y la posición exacta del enemigo.

El escuadrón más eficaz fué el del contraalmirante Hipper, formidable estratega alemán que en tres horas les hundió a los ingleses tres buques capitales, entre ellos el «Invencible». En este encuentro, Hipper perdió su buque insignia, el «Lutzow».

El almirante Scheer ordenó la retirada, satisfecho de los resultados del encuentro, pero más tarde reanudó el ataque creyendo que no era posible que lo estuviera persiguiendo toda la armada inglesa. Fatal equivocación. Cuando volvió atrás, ya la flota de Jellicoe estaba desplegada en perfecta línea de combate. Un fuego cerrado recibió a los buques alemanes. Al verse cogido en la trampa Scheer ordenó que los cruceros y acorazados atacaran mientras él iniciaba la segunda retirada

MORALIDAD

(Fábula Administrativa)

En la Isla del Barril, un gobernante se sintió tan moral una mañana, que pretendió moralizar la Aduana de un día para otro y al instante. «No ha de quedar aquí ningún tunante —dijo— a quien yo no zurre la badana, porque no he de dejar costilla sana ni a empleado venal ni a comerciante». Y formando marciales batallones, gritó: —¡Fuera ladrones, y ojo alerta; que ni uno quede aquí de esos bribones! La orden cumplióse, si la historia es cierta; mas dieron en salir tantos ladrones... que la Isla del Barril quedó desierta.

Téngase en cuenta que se trataba de la Aduana, como si dejéramos, «descolorida», de aquel entonces; y de la administración, como es sabido, poco recomendable de la Colonia...

Gaviño no se las daba de poeta; pero lo era a pesar suyo. Poeta en sus versos; en su vida y en su muerte: puesto que expiró inesperadamente de una congestión cerebral; que no viene siendo al cabo más que una inspiración en grado superlativo.

(1) En nuestra postal «La Calle de la Muralla», que vió la luz en el magazin correspondiente al domingo 4 de junio, al referirnos al señor Francisco Toyos, antiguo y querido vecino que fué de dicha calle, empleamos los calificativos de «fachenda y prosopopeya», en el sentido de «prestan- cia y altivez»; pero no con ningún propósito despectivo, pues el señor Toyos nos mereció a todos por sus virtudes y alta significación social, el mayor respeto y la más profunda consideración. El postalista tiene especial empeño en hacerlo constar así.—F. V.

Había que sacrificar el «Seydlitz» y al «Derfflinger».

25 BUQUES PERDIDOS: 8.642 BAJAS

La acción duró desde las seis y quince minutos hasta las siete y veinte, a distancias entre 9.000 y 12.000 yardas. Rara vez se divisaban los buques principales a través de la neblina. Los ingleses no tuvieron tiempo de coordinar sus fuerzas superiores y la maniobra alemana del movimiento llamado virar en redondo hizo imposible una lucha decisiva antes del anochecer. Jellicoe, que no quería arriesgarse a un combate nocturno, porque temía infundadamente el ataque de los submarinos, prefirió retirarse y esperar al amanecer. Scheer, por su parte, huyó hacia el faro de Horns Reef.

A las 10 de la noche las armadas estaban a 10 millas de distancia y el fuego había cesado de ambos lados. Jellicoe tomó el rumbo sur a 17 nudos; Scheer el rumbo sur-sureste a 16 nudos. Sin saberlo, formaban los lados de una «V» y convergían hacia el mismo punto, una de las coincidencias más extrañas de la historia naval. A medida que se cerraban los lados hacia el vértice de la «V», la vanguardia alemana peleaba con la retaguardia inglesa, pero ninguna de estas escaramuzas se le notificó a Jellicoe.

De hecho, las armadas cruzaron el ángulo de la «V» con quince minutos de diferencia y libraron batallas parciales en las que hubo buques hundidos y averiados, además de chocar violentamente tres buques ingleses, el «Sparrowhawk», el «Broke» y el «Contest», y luego dos alemanes, el «Elbing» y el «Posen», con motivo de lo cual los alemanes echaron a pique al primero para evitar que los ingleses lo capturaran.

Y sin embargo, los altos oficiales ingleses no sabían que tenían sobre sus talones a la armada de Scheer! Cruzado el vértice de la «V», Jellicoe continuó hacia sus bases y los alemanes lograron escapar sin dificultades hacia el faro de Horns Reef. Las pérdidas totales fueron: Inglaterra, tres cruceros de batalla, tres cruceros blindados y ocho destroyers, con 6.097 muertos y 510 heridos; Alemania, un acorazado, un crucero de batalla, cuatro cruceros ligeros, cinco destroyers, 2.545 muertos y 494 heridos. Tal fué, un semillero de errores, la célebre batalla de Jutlandia.

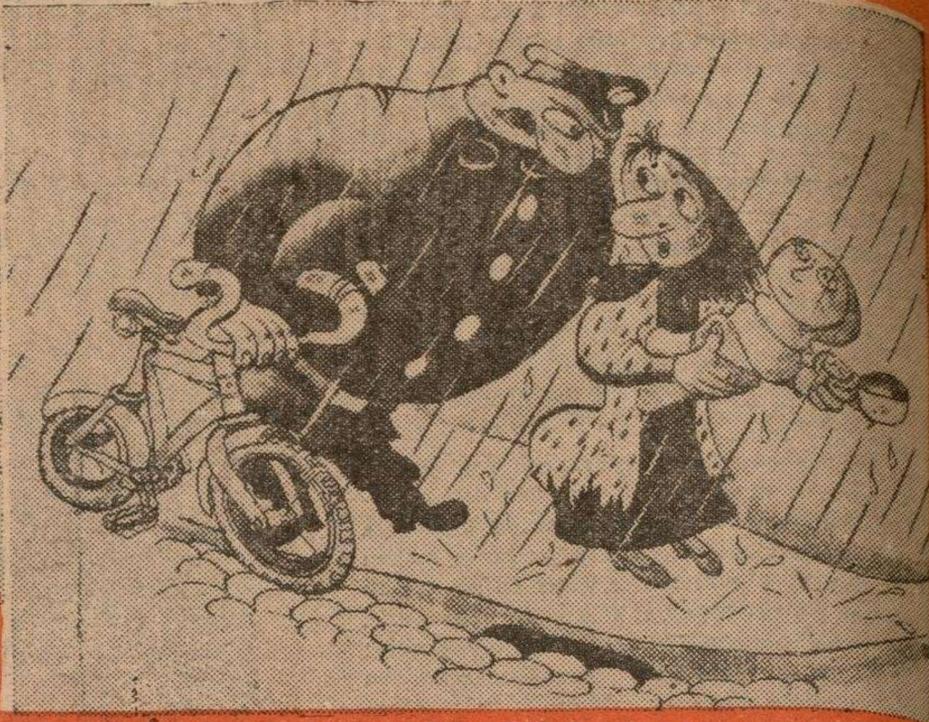
LA VUELTA AL

MUNDO del BUEN HUMOR



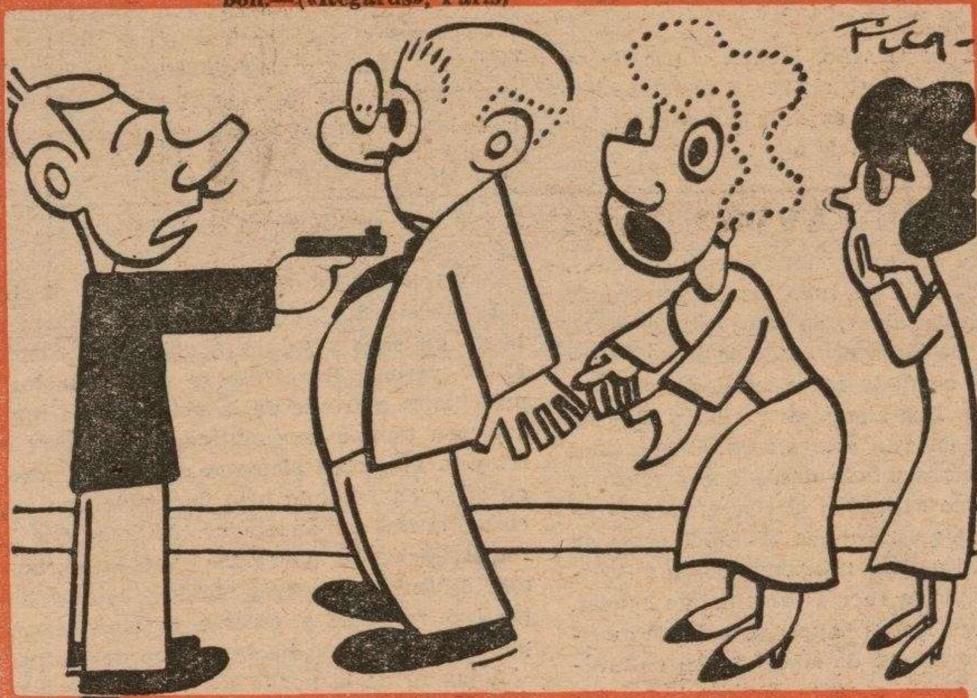
DESPUES DEL SERMON

—¿Ya lo entendiste? Todos terminamos en polvo...
—Entonces nosotros seremos un polvo de carbón.— («Regards», Paris)



EL MAL TIEMPO

—De modo que ¿pidiendo limosna con un «ché» de cartón?
—Que quiere usted, guardia: con este tiempo he dejado el verdadero en casa.



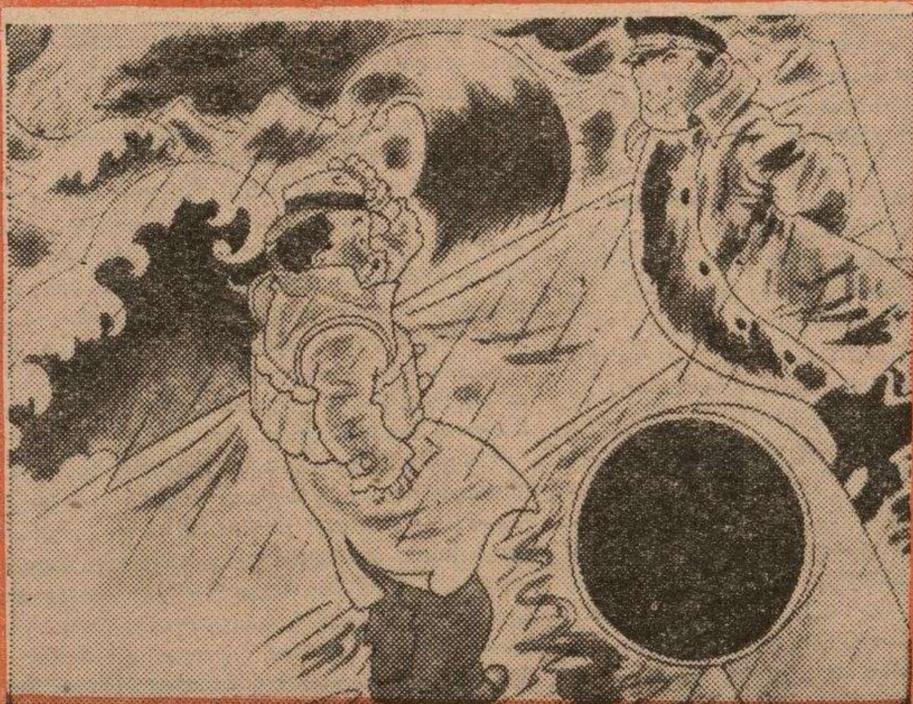
COMO EN LA GUERRA

—Tengo el honor de pedirle la mano de su hija.— («Regards», Paris)



VACACIONES EN LA CARCEL

—¡No, no y no! No es costumbre de la casa dar dos meses de vacaciones.— («Vus», de Paris)



VIAJE DE TURISMO

—¿Que nos han torpedeado? Está bien, capitán; pero consignaré mi protesta: esto no lo decía el anuncio del viaje.

(«Vus», de Paris)